

BUNN

HUMOR

40 CÉNTIMOS



Dib. LÓPEZ RUBIO.—Madrid.

—¿No sabes? Esta mañana quiso mordirme un perro furioso. Me destrozó el vestido. ¡Qué horror! ¿No dicen que el perro es el amigo del hombre?

—Sí. Seguramente por eso mismo te quiso morder.



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

14.—Charada contrabandista.

Prima-segunda = Hoguera.

Prima-tercera = A los malos toreros.

Segunda-tercera = Animal dañino.

Tercera-segunda = Se quita para el neto.

15.—Triste.

A

ALGO MÁS QUE FAMILIA

ELEMENTO

DEL

TRIÁNGULO



SOMBREROS
BRAVE
6 · MONTERA · 6

CUPÓN

correspondiente al núm. 151

de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

19.—Riquezas.

(Sobra una letra.)

3 PALO DE LA BARAJA

16.—De obra prima.

—¿Y qué fué, señor guardia, de aquel borracho que echó a correr el otro día por la plaza y anduvieron ustedes si lo *segunda-prima* o no?

—Pues que regañó con su zapatero y le dijo: —«Así *prima-tercera* yo las cuestiones»—y le soltó dos bofetadas. ¡Y todo por el cosido de un miserable *todo*!

17.—El que debe y no paga

DE BENIURRIAGUEL
MEDIODÍA
PONIENTE

18.—Sitio nada fresco.

CARABAÑA
TO
AMAZONAS

Cupón núm. 3

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de octubre.

Para las condiciones de este Concurso véase nuestro número 149.

LOS

famosos

POLVOS INSECTICIDAS

DE

LEVER Y COMPAÑÍA

SON

infalibles para la destrucción de toda clase

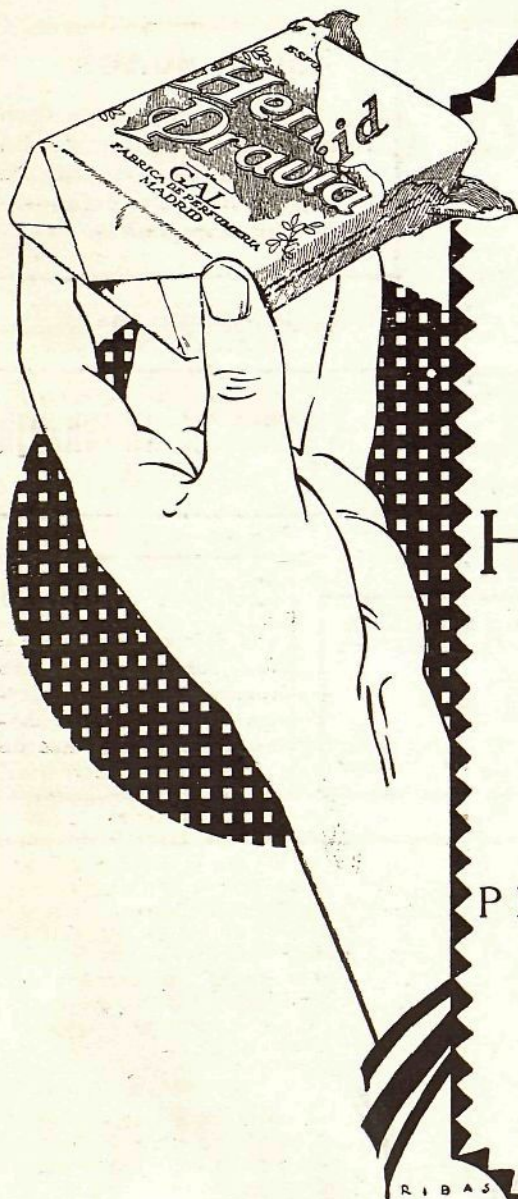
: :: de insectos :: :



EL SEXO QUE SE ESFUMA...

Una comida de sociedad.

(Gibson, en *Life*, de Nueva York.)



Está en las manos
de todos los españoles,

por la pureza de su pasta, por su
espuma abundante y suave, y por su
perfume persistente y característico.

EL JABÓN HENO DE PRAVIA

es el jabón ideal, insustituible para
las personas de cutis fino y delicado.
Cuide usted de que no falte en su
tocador una pastilla de este jabón.

PERFUMERÍA GAL. - MADRID

DESCONFIE USTED

de quien le ofrezca los productos de la Perfumería Gal
a precio mas reducido. En todos los comercios de España,
Baleares y Canarias, se venden a los mismos precios que en
nuestras tiendas al detall. Es lógico sospechar de quien
renuncia al modesto margen de utilidad en la venta



pués ape
algunas
van entra
«respetal
jovencita
no les a
pileo. Pa
cambio, l
otra eda
avanzada
A mí n
res quie
pelo. Hac
van corti
mangas,
sé por re
yan uste
fama—y
algo más
de paso,
largo... e
verán uste
no lleg a
cerceda
Y vamo
to. Las n
lindas co
ga, flotan
bros y e
Gracias d
del Tizian
Bellini, et
más tentac
te rapada
muestran
«cabaret»,
ing» o en
cirlo todo
armónico,
padas o in
pelo o con
Aquí de
los predica
tas, de los
ciólogos.
dos aprove
extraña ca
estén calla
—cosas ve
duda en e

ELLAS Y NOSOTROS

LA MELENA A LO COLÓN



unque parezca algo paradójico, la melena corta en las mujeres va «en crescendo».

La cosa empezó por algunas tanguistas, luego se extendió a las mecanógrafas, después apelaron al propio «descabello» algunas pollitas bien, y, finalmente, van entrando por el aro muchas de sus «respetables» mamás. A las que son jovencitas—me refiero a los retoños—no les afea del todo el desmoche capileo. Parecen pajes de otra edad. En cambio, las madres también parecen de otra edad... pero de otra edad más avanzada, entendámonos.

A mí no me sorprende que la mujeres quieran llevar corto el pelo. Hace tiempo que lo llevan corto todo: las faldas, las mangas, las camisas—esto lo sé por referencias, no voy a ustedes a echarme mala fama—y no sé si llevan corto algo más. Lo único, dicho sea de paso, que siguen teniendo largo... es la lengua. Pero ya verán ustedes como hasta ahí no llegan sus radicalismos cercenadores.

Y vamos derechos al asunto. Las mujeres están más lindas con la cabellera luega, flotante sobre sus hombros y espaldas, como las Gracias de Rubens, la Dama del Tiziano, la Magdalena de Bellini, etc., etc., o aparecen más tentadoras modernamente rapadas, según se nos muestran en el «danzing», el «cabaret», el «hall», el «skating» o en la «rua», para decirlo todo en un castellano armónico? ¿Están mejor rapadas o intonsas; con mucho pelo o con poco?...

Aquí de los moralistas, de los predicadores, de los artistas, de los estetas, de los sociólogos. Hablen, hablen todos aprovechando esta feliz y extraña casualidad de que estén calladas las hembras—cosas veredes, el Cid—sin duda en espera de oír de

nuestras barbas lo concerniente a sus cabelleras.

No negaré que en la melena a lo paje, aunque también parezca paradójico, hay algo de «modernismo». Cierito. Las modernistas se nos presentan sin melena, al revés que los «modernistas». Pero, la verdad, lectores, ¿no os parece que lo que pierden en belleza lo ganan en gracia? Y la gracia ¿no es belleza?...

... Perdón, señora. No tuerza usted todavía el gesto. Usted como madre (¿no será a la vez como interesada personalmente?), desea oír opiniones, escuchar pareceres, a fin de autorizar o denegar la occipital decapitación de su heredera en todo, hasta en coquetería, ¿no?... Pues mi opinión es la siguiente:

(No se alarme, señora, que no será larga, aunque tampoco será tan corta como la melena que se va a dejar su hija, a pesar de mi opinión y de la opinión de usted, señora, probablemente.)

Supongamos que se me da a escoger entre una pollita de diez y siete abriles para arriba—no quiero nada con las menores, no sea que se me complique en la desaparición de alguna—, de diez y siete años, repito, hasta treinta y ocho inclusive, con cabellera larga, magdalénica, y otra hembra de la misma edad, rapada a lo paje.

¿Que por cuál me decidiría? Verán ustedes... Por la del cabello largo (alguna tendría que ser la primera), pero con una condición.

Con la de volver grupas lo antes posible e irme en busca de la rapada—dejar sin resolver por completo asuntos de tanta monta «non es de sesudos hombres»—y no dejarla hasta dejarla... vamos hasta dejarla convencida de que también las mujeres atusadas me gustan un rato largo. Pero esto que no llegue a oídos de las otras, de las de la cabellera luenga y ondulante, porque si se enteran, ellas no iban a ganar nada y yo puede que perdiera algo, que siempre sería mucho, tratándose de la estima de las mujeres más o menos depiladas...

Conste, pues, que así como el hábito no hace al monje, tampoco la melena dice nada ni en pro ni en contra de la belleza femenina.

De modo, lectoras, que pueden ustedes ir como mejor les plazca, porque de todas las maneras van bien.

¡Ah! Y si a alguna de ustedes, que sea muy guapa—todas nuestras lectoras lo son—la rechazan en algún sitio, que se venga a Buen Humor.

¡Hay que ver cómo nos gustan aquí las «peladillas»!



Dib. SILENO.—Madrid.

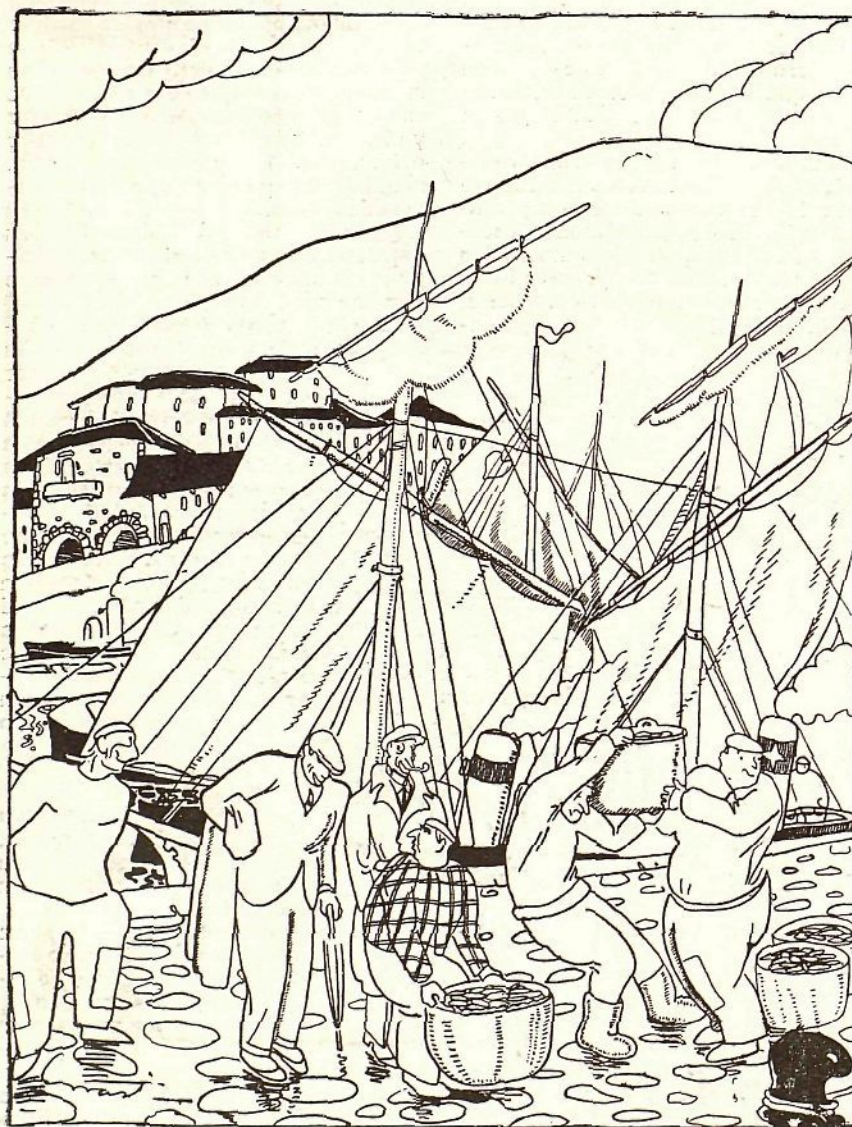
MIGUEL DE CASTRO

El reestreno de un traje

Cuando el único traje que poseo empezó a pardear y salieron a la superficie todas las máculas que había ocultado cuidadosamente durante ocho meses; cuando comprendí que aquel terno era ya impresentable y que, como es natural, no disponía de la fortuna necesaria para adquirir otro nuevo, expuse a mi mujer el arduo problema:

—¿Has visto si entre la ropa que ya no uso hay algo aprovechable?... Mira bien, porque este traje que llevo está ya imposible...

Escudriñó mi mujer el fondo de los cofres y la estantería del armario, y extrajo, Dios sabe de dónde, unos trajes, sabe Dios de cuándo. Eran tres, como las hijas de Elena. Con la diferencia de que mientras las hijas de Elena fueron, según los historiadores, absolutamente malas, los trajes, en opinión mía, eran indiscutiblemente buenos. Así, como suena: indiscutiblemente buenos. Los examiné con curiosidad primero, con interés en seguida, y con verdadero cariño por último. Su



Dib. ERRASTI.—Bilbao.

—¿Cómo se las arreglan para pescar de noche?

—Muy fácil, hombre; ¿no ves que todos los barcos llevan cuando menos dos velas?...

tejido, sus forros, su corte, su hechura, no dejaban nada que desear. ¿En qué había estado pensando para despreciar aquella ropa tan digna de estimación? ¿Con qué derecho pude disponer que la arrinconasen en la estantería del armario o en el fondo de los cofres? ¿Qué ley suntuaria me autorizaba para cometer semejante desafuero?...

Mi conciencia me acusó de injusto, de arbitrario, de tirano, y estuve a punto de llorar, en señal de contrición.

Aquel día fui yo el más feliz de los hombres. Poseía tres trajes pulditos, cuidaditos, monísimos. ¿Qué español posee tres trajes en estos tiempos? La vida era para mí una senda de flores. Me consideraba la persona más importante de la nación y el ciudadano más transcendental del universo.

Al domingo siguiente, con todas las solemnidades propias del caso, reestrené el primero de los tres trajes. Hacía un sol espléndido, muy a tono con mi suntuosidad. Iba por la calle y me parecía que todos los transeúntes me miraban, envidiosos. ¡Si supieran —pensaba yo— que aún tengo en casa otros dos trajes, tan interesantes o más que éste!

Un día después, reprisé el segundo terno; un éxito parecido, y al día siguiente, el tercero, que fue un nuevo triunfo. Yo estaba loco de contento. Mis amigos, al ver aquella reiterada exhibición de ropa flamante, supusieron que me había tocado la lotería e intentaron inferirme algunos sablazos. Los libreros y directores de periódicos me miraban perplejos, sin poderse explicar cómo un hombre tan elegante descendía hasta el oprobio de discutir un duro de más o de menos...

Así pasó una semana, que fue de las más dichosas que he disfrutado en este valle de lágrimas. Pero, ¡ay!, pasó la semana, y mis trajes, sucesivamente, como respondiendo a una aviesa conjura, fueron sacando de nuevo todos sus defectos, de un modo reiterado y brutal, con saña, con fiereza, con calculada alevosía. La tela quedó hecha una birria, se desprendieron todos los botones, cayéronse a pedazos los forros, y la moda, la tiránica moda, se sublevó contra mí, echándome en cara, como un salivazo, el olvido en que la tenía.

Entonces me reintegré a la realidad. Todo había sido una ilusión pasajera. Lo renovado puede parecer nuevo, pero no lo es.

Y una tarde, al volver a casa, después de haber oído las primeras cuchufletas disparadas contra mi indumentaria y dispuesto a no oír las segundas, promulgué, con lágrimas en los ojos, la orden definitiva:

—Mañana le dais eso al traperero, si es que lo quiere, que lo dudo...

MARCIANO ZURITA

MOR

su hechur-
ear. ¿En
para des-
a de esti-
puede dis-
la estan-
do de los
ne autori-
ante des-

e injusto,
estuve a
ontrición.
liz de los
puliditos,
é español
mpos? La
de flores.
ás impor-
dano más

todas las
so, rees-
rajes. Ha-
tono con
calle y me
sentes me
supieran
o en casa
esantes o

segundo
al día si-
un nuevo
contenido.
reiterada
, supusie-
a lotería e
sablazos.
periodicos
oderse ex-
n elegante
de discutir

fué de las
rutado en
¡ay!, pasó
esivamen-
ina aviesa
nuevo to-
o reiterado
ereza, con
quedó he-
eron todos
dazos los
a moda, se
ne en cara,
en que la

a realidad.
n pasajera.
uevo, pero

casa, des-
ras cucha-
ndumentu-
segundas,
los ojos,

traperos, si
o...

LIRITA



GALANTERIA

Dib. AREUGER.—Madrid.

—No falte usted, don Nicéforo: irán unas chicas muy guapas...

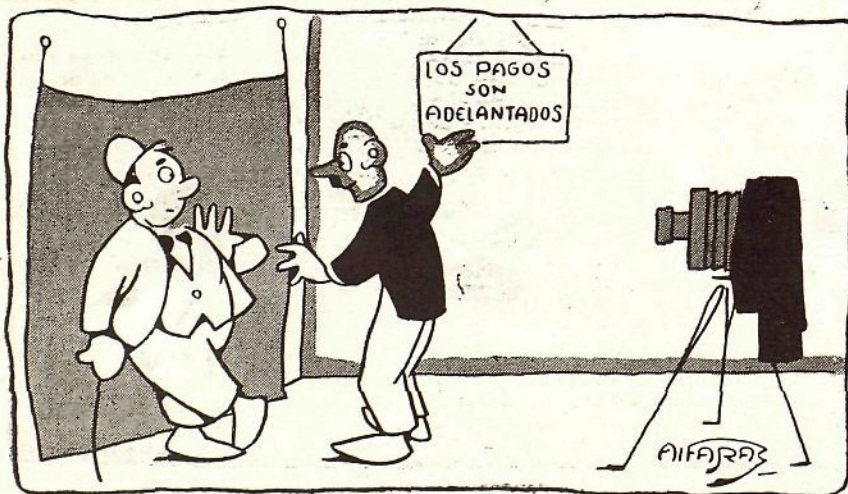
—¡Sí, señorita, no faltaré; pero iré por usted, no por las chicas guapas!...

NO SOLO DE PAN VIVE EL HOMBRE UN VIEJO MANUSCRITO

Un verano, Juan Meneses mostró tamaño desnudo en pasar algunos meses en su tierra, que era Oviedo, que, faltar el hombre de todo para ponerse en viaje, buscó a lo menos el modo de no pagar el pasaje. Consiguio al cabo su intento, aunque parezca increíble, merced a un procedimiento, de todo punto infalible. Fué cometer un delito por las leyes execrable, infamando, por escrito, a un senador intachable, «Sé que es usted un ladrón —le decía en la misiva— y crea que de opinión no mudaré mientras viva. ¿Que porqué? Voy a ser claro. Porque supe cierto día que no tiene usted reparo en vivir a costa mía. Sí, a mi costa, caballero; y digo esto porque quien desvalija al mundo entero me despoja a mí también. Pero yo no me acomodo a perder mis intereses... Esta es la verdad de todo, hablando en plata-Meneses.» En seguida rubricó al pie de tamaño ultraje y la carta remitió, por correo, al personaje. Llegó ésta al destinatario —aunque, como el lector, creo ello un caso extraordinario, tratándose del correo— y el senador, intrigado,

leyó absorto la misiva, la cual llevó a un abogado por suponerla ofensiva. Este se la dió, a su vez, a un procurador pariente, el procurador al juez... y así sucesivamente. Salió la causa y Meneses, merced al citado ardid, fué desterrado diez meses a cien leguas de Madrid. Costearonle el pasaje, y a la hora de sentenciado se puso Juan en viaje, por dos guardias vigilado. La pareja, siempre austera con todos los criminales, le obligó a que descendiera a las cien leguas cabales. Allí, en pleno despoblado, le arrojaron del vagón, no sin que antes el cuitado protestara, con razón. Solo en el campo, el cesante buscó pronto la manera de proseguir adelante sin ir por la carretera. Seis leguas próximamente restábanle para entrar en Oviedo, y, ocurriendo, hubo al punto de pensar: «Mandaré sin dilación al político apelante un insulto en relación con la distancia restante.» Y dicho y hecho. Al momento escribió en una cuartilla, presa de enorme contento, este ultraje: ¡¡¡Granujilla!!!

FERNANDO SALAZAR DE YESTE



—¡Mire usted aquí... y sonríase!

Dib. ALFARA.—Madrid.

I
El viejo Samuel levantóse aquella mañana tan temprano como de costumbre, calzóse unas chancas, cubrió su cuerpo corcovado y huesudo con un raído batín y unos pantalones sucios y deshilachados, y, tocando su cabeza con un gorro turco, se dispuso para el trabajo diario, trabajo de espera pacienzuda en la sórdida tenducha de antigüedades, de la que era dueño en el barrio judío de aquella cosmopolita ciudad.

Con su cara angulosa, arrugada y cérea, con sus vivos ojos resguardados por los gruesos cristales de las gafas—eternas danzarinas en el plano inclinado de su nariz—, con su luenga barba blanca y su indumentaria tan estrafalaria como harapienta, era apropiada figura central de aquel decorado sucio de la tienda miserable.

—Una carta.

El viejo Samuel levantó la cabeza lentamente y extendió la hirsuta mano para recoger la misiva. Acercóla a sus ojos e hizo ademán de devolverla al cartero, no bien hubo leído el sobre.

—De mis sobrinos—dijo—. Estos niños se creen que yo gano el dinero para gastarlo en una correspondencia estúpida. ¿No me sería posible?...

El cartero conocía la escena.

—No, no es posible—advirtió. Las cartas, encontrado el destinatario, no pueden ser devueltas.

El viejo Samuel exhaló un suspiro, pagó con una moneda de cobre al cartero y abrió el sobre con manifiesta ira. Su gesto iracundo se acentuó cuando la hubo leído:

—¡Imbéciles!

El vendedor de antigüedades estaba preparando un compuesto de su invención para dar aspecto de antigua a la escritura reciente. La carta de sus sobrinos, una carta familiar e insípida, podía servirle para probar el efecto de su invento, y, cogiendo un pincel, lo mojó en un líquido contenido en un sucio frasco y lo pasó suavemente por las líneas de la misiva, advirtiendo, gozoso, que la tinta dejaba su color negro y fuerte para convertirse en un pajizo inseguro, desvaído, casi ilegible.

El viejo Samuel se frotó la barba con tal brío, que cinco hilos plateados cayeron al suelo.

II

El conocido sabio Stéwenson, aún calado el par de gafas que le ayudara a desentrañar lo escrito, dijo sentencioso:

—Se trata de un documento antiquísimo y de inestimable valor. Es un manuscrito, una carta de la reina María Stuard. La firma no ofrece género de dudas.

se aquella
o de cos-
as, cubrió
sudio con
alones su-
cando su
e dispuso
o de espe-
tenducha
era dueño
cosmopo-

rugada y
esguarda-
les de las
a el plano
su lengua
naria tan
era apro-
decorado

la cabeza
sita mano
cólica a sus
olverla al
l sobre.

— Estos
el dinero
pondencia
le?...
ia.

irrió. Las
atario, no

i suspiro,
bre al car-
manifiesta
acentuó

es estaba
su inven-
tigua a la

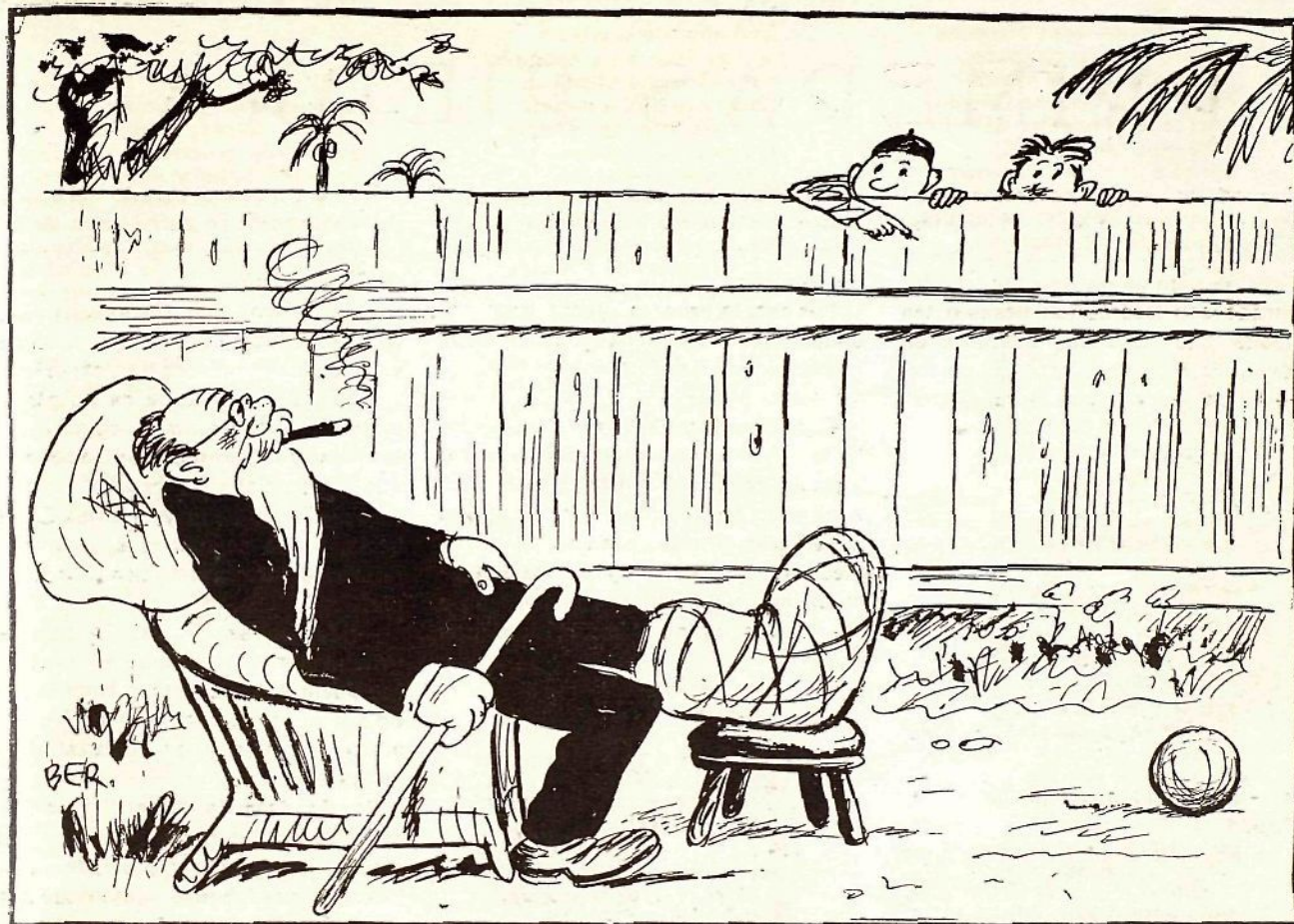
le sus so-
insípida,
efecto de
pinceel, lo

en un su-
nente por
virtiendo,
color ue-

en un pa-
i ilegible.
arba con
eados ca-

son, aún
ayudara
o senten-

antiqui-
is un ma-
na María
énero de



Dib. BERGSTROM.—París

—¡Eh, caballero! Haga usted el favor de dar una patada a esa pelota...

Samuel permanecía silencioso y sonriente.

—Puedo darte por ella cincuenta dólares.

—No; no quiero venderla aún

El viejo comerciante de antigüedades, no bien se hubo marchado el sabio Stéwenson, dió una nueva mano del maravilloso líquido a la carta de sus sobrinos.

III

El profesor Herbert tuvo necesidad de colocarse tres gafas para leer el documento.

—¡Maravilloso!—dijo cuando hubo terminado—. Es un manuscrito del rey Vitiza, el rey visigodo. Muy borroso está, pero no es imposible descifrarlo. Te doy por él mil dólares.

—No pienso aún venderlo.

La carta sufrió de nuevo el ataque del líquido destructor.

IV

El más sabio de todos los arqueólogos de aquella ciudad, el doctor Winrops, no hizo comentarios sobre el manuscrito ni ofreció cantidad alguna al viejo Samuel. Se limitó, en un descuido de éste, a guardar la carta en un bolsillo de su viejo gabán.

V

Stéwenson emitió su opinión:

—Es una carta de María Stuard.

Y Herbert:

—Es un manuscrito del rey Vitiza.

Se entabló larga discusión, primero entre estos dos sabios, y, después, entre los demás, partidarios unos de Stéwenson y otros de Herbert.

El doctor Winrops presidía la asamblea.

—No están en lo cierto ninguno de mis dos dignos compañeros—dijo pausadamente, sabiendo de antemano que su palabra sería reconocida como la

más autorizada—. No están en lo cierto, porque no se trata de un documento epistolar.

Se hizo un profundo silencio preñado de interés.

—Nos encontramos ante el primer papel que se escribió en el mundo.

—¿Acaso del tiempo de los celtiberos?—aventuró uno.

—¿Tal vez del pueblo celta?—interrogó otro.

—Más antiguo aún.

—... ¿de Adán, de Eva?...

—No. Se trata de la hoja última de un diario. Gracias a mis vastos conocimientos, he podido descifrarla.

Y poniéndose tres gafas, y con la ayuda de una lupa, Winrops leyó con voz grave y temblorosa entre el asombro de sus compañeros:

—Dice así: «Hoy día siete. Me voy a descansar...»

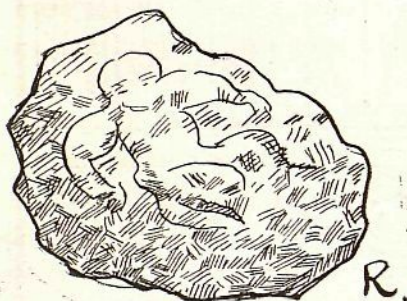
J. SANTUGINI Y PARADA

RAMONISMO

PRIMERAS PIEDRAS

Alguna vez, en esas excursiones por el campo que hago a pie y sin otro impulso artificial que el del único motor del peatón, que es su reloj, me he encontrado con piedras tan tiesas o tan echadas, que he creído descubrir en ellas lo que se llama una primera piedra.

—¡Miren, miren, una primera pie-



dra!—he gritado a los que me acompañaban.

Las primeras piedras no son unas piedras cualquiera que se encuentren en cualquier parte y que, con gran inconsciencia, se manden desbastar y ¡ya está! No. Desdichado el monumento o edificio comenzado con esos auspicios.

La primera piedra es un feldespato especial, y en ella tiene que estar inscrito el infantilismo que ha de servir de base al edificio.

En toda primera piedra tenemos que ver enroscado al niño.

Hay que pensar que la primera piedra ha de ser mirada y tocada por mil curiosos y como ¡sopesada en manos de las comadronas de primeras piedras. Tiene realmente el caso el aspecto de un nacimiento. Los que aún no han pagado su parte en la suscripción pública, o los que han de dar más dinero cuando lo que hay presupuestado se gaste sólo en el pedestal del

monumento o en el portal del edificio, tienen que haberse conmovido con la primera piedra para haber sentido la prohibición.

Por eso, la primera piedra debe ser simpática, feldespática y tener esos hoyuelos que tanto encantan a los protectores.

Todo debe estar bien preparado para la colocación de la primera piedra, pues si resultase violento o duro el acto, todo iría torcido en la gestación del edificio. ¡Porque cuántas primeras piedras hay que se perdieron inútilmente en la Naturaleza, que prueba a disolverlas en su paladar, pero son



como esos terrones de cuadradillo que a lo mejor no hay quien disuelva y hay que tragárselos enteros!

Los geólogos, que están en todo, ya han temido, ya, que esas primeras piedras enterizas, perdidas, idas por mal sitio, sean causa de la apendicitis de la tierra.

La primera piedra debe tener caracteres medicinales y algo de semilla en buen estado, porque si no, no sentaría bien al terreno en que se asiente.

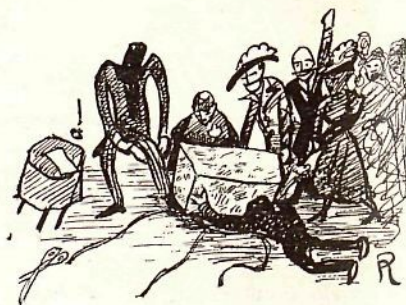
Hay que tener mucho cuidado también con las facilidades que el jefe de la fiesta de la primera piedra ha de gozar en el desempeño de su misión.

Una vez, por mal cálculo del peso y de su dirección, o quizás por torpeza del jefe de la ceremonia, yo vi la tragedia de la primera piedra.

El ministro don Carloto Antúnez cortó la especie de balduque ideal que unía la primera piedra a su expediente, y la piedra fué a caerle en un pie. El momento fué de gran desconcierto en las filas, y la marquesa de Camponete, que presenciaba la ceremonia, y el cardenal Susodicho y el Gran Chambelán, todos acudieron a remover la primera piedra nefasta con losa de un pie.

—¡Maldito sea el eximio poeta!—gritaba el ministro, como si aquel pobre poeta que iba a ser el conmemorado por el monumento fuese el que le pisaba en aquellos momentos los callos.

Por fin, después de muchos esfuerzos y de colocar una grúa de salvamento, se pudo sacar el pie de su excelencia, que fué más patoso que nun-



ca desde aquel día, y que no le perdonó al gran poeta Carbonero el haberle dado aquel mayúsculo pisotón, logrando que no se haya podido levantar su monumento.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

(Ilustraciones del escritor.)

BUEN HUMOR se vende en LONDRES en Coin de France, L^{td}.



17, Green Street, Leicester Sq.



NUESTRAS ARTISTAS DIBujan Y ESCRIBEN

Un artículo
de
Cándida Suárez

Cándida Suárez, la bellísima canzonetista, es otra de nuestras colaboradoras; ved con qué gracejo ha empuñado la pluma «La niña de los tufitos». Nosotros la admitimos con buen humor, porque «que esta muchacha es una cosa muy seria».

CUATRO "QUISICOSAS" PARA "BUEN HUMOR"

¿Y qué diré yo?... Bueno, salga como salga, ahí va eso.



Ved en lo que me entrefengo cuando yo a mi pueblo vengo.

Primero, a todos los que lean este artículo (¿?), un saludo con mi mejor sonrisa; ¡qué pillina soy!, ¿verdad?... Buen humor que tié una... y, además, que tengo yo muchas ganas de competir con Ernesto Polo, García Álvarez y demás príncipes del salero.

¿Se han fijado ustedes en mis monos? Pues ahí tienen ustedes mi vida diaria.



Ilustrado
por
ella misma

Viajar con *maletas*... muchas y de cuero; regañar y hablar con mis gallinas, que al regresar de mis viajes, me lo cuentan todo; jugar con muñecos... mi Far-West, es mi mejor amigo y consejero: él no me engaña nunca.

Respecto a mi «Barra-ca»... yo creo que deben ustedes ir a verme y así me juzgarán.

¡Ah!... yo soy madrileña



Yo, cuando me voy de viaje, llevo todo el equipaje.

y bautizada en San José, ¡vaya *casticismo*!

¿He quedado bien?...

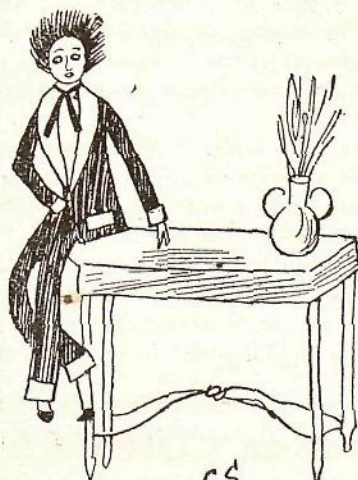
Bueno, no se den tanta prisa a decirme «que sí». No esperaba yo menos de mis paisanos.

Y con esto y un bizcocho, hasta mañana a las ocho.

Me voy a acostar, que, como ven ustedes, *madrugo*.

CÁNDIDA SUÁREZ

Madrid y septiembre, 1924.



Aquí presento, cual ves, a mi muñeco Far-West.

COSAS DE MI VIDA

EL PARAGUAS ULTRAVIOLETA

En una de las turbulentas jornadas de mi existencia, azarosa como un partido de giley, vino a mis manos, ligeramente principescas, un paraguas, un hermoso paraguas.

No pretendo que nadie se asombre por esto: el paraguas es un chisme muy conocido; es más general que Vallespinosa, y, sin embargo, aquel paraguas marca una fecha estremecedora en el discurrir de mis días.

¿Cómo llegó hasta mí? Yo odio los paraguas desde que deglutí el primer bote de Glaxo, y antes de usar uno de ellos, soy capaz de bordar el manto de la noche, que es un manto que no lo borda ni Mariana Pineda. Pues bien: aquel paraguas sí lo usé. Pasó a mi propiedad de un modo tan raro que aún tiemblo cuando lo medito.

Una noche de tormenta regresaba yo a casa mas mojado que la catedral de Compostela; penetré en mi alcoba «estilo potpourri»—estilo potpourri, porque todas las sillas son diferentes—y al penetrar, sobre el mullido y adredonado lecho, vi un paraguas, un paraguas con la tela de un color ultravioleta. ¡Era el paraguas de que voy a ocuparme!

¿Quién había llevado allí aquel chisme hidráulico? ¿Cuándo? ¿Entrando por dónde? ¿Con qué epílogo? o, mejor dicho, ¿con qué fin?

Confieso que me quedé tan parado como un ascensor del «Metro». El par-

aguas era una joya del Renacimiento; la tela de crespón marroquí; las varillas, caladas; el puño y la contera, de platinol sobredorado; el muelle, era un muelle como para desembarcar inmediatamente.

Me torturé el encéfalo, pensando de dónde podía provenir aquello y, de pronto, un olor a azufre que flotaba en el ambiente, me dió la clave y me dió un vahido... ¡El demonio! Sí, lectores. El demonio. Fué el Espíritu del Mal el que me regaló el paraguas. El caso no es extraño. La influencia del demonio se ha dejado sentir en la historia y en la fabricación de algunos embustidos.

Pero no por cosa sabida, me aterra menos. ¿Qué se propondría Satanás? ¿Tentarme? Yo no tengo turgencias. ¿Ganar mi alma? ¡Empeño vano! Hacía ya doce meses que, en cierta bronca, me habían roto el alma con un bastón ferruginoso.

Pensé en deshacerme del paraguas, pero no me atreví por temor al Diabolo. Y lo usé.

Empezaron entonces mis angustias.

Los primeros días el paraguas se portaba bien. Pero así que llegó marzo y con él el tiempo ventoso, el paraguas se volvía como si le hubiesen insultado. Y no tardó en colocarse en un plan de incongruencia que me preocupó bastante.

La incongruencia inicial la cometió una tarde de abril. Estaba yo de visita en casa de un fabricante de agujeros para coladores; al entrar, abandoné mi paraguas en el perchero. Y cuando, en el salón, la hija de mi amigo iba a entonar al piano el *Fume de cincuenta, compadre*, mi paraguas entró dando saltos en la estancia, se abrió él solito y se colocó sobre la pianista. Aquella leve alusión a la próxima lluvia me costó refir con el fabricante de agujeros, que juró por Espoz y Mina que el paraguas estaba amaestrado por mí para cometer aquel desacato musical.

No fué aquello únicamente. Desde aquel día mi paraguas constituyó para mí persona una tragedia que la firma Racine y se desmaya Luis XV.

El paraguas metía sus varillas en los ojos de los transeúntes, vaciaba su agua en todos los parquets, rompía todos los espejos y todas las lunas y yo tenía que aflojar los cuartos y pagar los vidrios rotos.

Al poco tiempo dió en la costumbre de llevarse objetos en las tiendas. Lo apoyaba en el mostrador, y cuando salía, hallaba en el interior de su tela, puntillas, bordados, ceniceros, joyas, aparatos de radio, etc., etc., según la clase de establecimiento donde hubiese entrado. El día que entré en el Bazar X, mi paraguas se llevó género por valor de 9.000 pesetas.

Yo estaba horrorizado: se veía la influencia nefasta del demonio. Y no podía dejarlo en casa, porque me seguía como un lulú.

Cierta tarde, entré en una paragüería para adquirir un quitasol que cubriese el cráneo de mi tío Polidoro. Llevaba, naturalmente, mi paraguas terrible. No sé qué hizo; tal vez todo estribó en lo bonito que era o en sus infernales dotes de seducción. Lo cierto es que, al salir con él debajo del brazo, nos siguieron todas las sombrillas de la tienda. Y entre ellas, nos siguieron también dos paraguas un poco... modernistas.

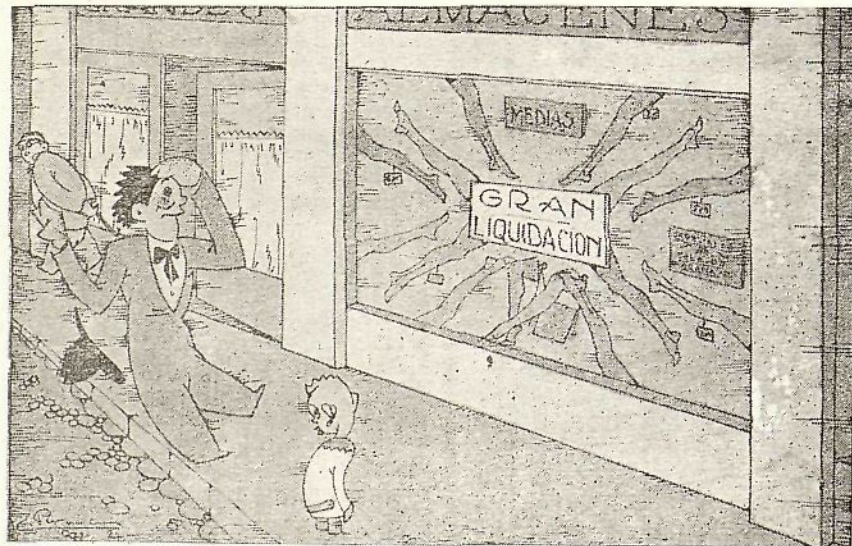
Aquello colmó mi paciencia. Al llegar a casa saqué una pistola de un cajón de la mesa y le pegué un tiro al endemoniado chisme.

Cayó al suelo con gran ruido.

Y cuando me incliné para asegurarme de que lo había hecho polvo, oí que de su interior salían estas palabras:

—¡Asesinooo! ¡Asesinooo!...

Llevo este crimen sobre mi conciencia. Y me pesa más que una báculo.



Dib. PERALS.—Granada.

EL AUTOR.—¡Cielos! ¡Esto es un plagio del último cuadro del segundo acto de mi opereta!

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

Quince días de permiso

Por riguroso turno, le ha correspondido a Gutiérrez disfrutar en la oficina quince días de permiso!

Trescientas sesenta horas de bienestar casero, al lado de la mujer de uno y los niños de otro, mejor dicho, para no dar lugar a torcidas interpretaciones, con nuestros niños y sus amiguitos, los hijos de los otros.

Y cuando se tiene, como Gutiérrez, la dicha de vivir en una casa espaciosa y soleada, de alrededores sanos y vecindad tranquila y atrayente—¡en plena calle de la Ruda!—, el disfrute de esos días de asueto, comparado con las mayores delicias del mundo, resulta una cosa pueril y deleznable.

Desoso de disfrutar cuanto antes la libertad oficinesca, apenas ve la luz del sol el primero de los ansiados quince días, nuestro hombre se levanta y se pone a arreglar los tuestos, las jaulas de los pájaros y a encolar unas cuantas sillas que los niños han convertido en peligrosos columpios.

Después, por vía de distracción y entretenimiento, le encarga su esposa que, mientras baja ella a la compra, haga el chocolate, se lo dé a la abuela, barra la cocina, tome el pan, y si se despierta Celestino, que claro que se despertará rabiando y pataleando, como siempre, le ponga unas bragas limpias y le pásese por el boulevard que es como los vecinos de la calle de Ruda, 12 triplicado, llaman al hermoso patio de la finca.

Y al regreso de la amada esposa, por vía de solaz, como dice ella, ¡por vía del demonio!—como murmura él—, ayuda a doña Emerenciana a mondar los tubérculos, a limpiar las pescadillas y a quitar los pedruscos de las lentejas; y cuando allá a las doce se dispone a leer tranquilamente *El Liberal*, cosa que en la oficina hace apenas se sienta frente a la mesa de trabajo, un ruido ensordecedor atrae su atención hacia el boulevard. Una enconada discusión entre dos alegres comadres, que al par que se atusan cuidadosamente la blanda cabellera, se regalan el oído con epítetos y denuestos sólo comparables a las bien sonantes interjecciones de los cultos concurrentes a la sala del *coli* de Novedades o a cualquier aromático *tupi* de sus conforos. Media Gutiérrez en la contienda, y por separar a las dos fieras corruptas saca la americana hecha cisco, la nariz hecha una lástima y el pabellón de la oreja derecha completamente deshecho.

Como es natural, lo tienen que llevar a la casa de Socorro, de donde pasa a la Comisaría. Allí, los maridos de las luchadoras le ponen que no hay *ética*mente por dónde agarrarlo.

Si hubiese salido antes a separarlas, el suceso no habría tenido ninguna im-

portancia. Y para eso dejaba de ir a la oficina el pedazo de animal aquél... ¡Vago, más que vago!

En cambio, su esposa le recibe con los brazos abiertos.

—Eso de las narices, verás como moviéndote se te pasa—le dice—. Anda, ayúdame a poner la mesa y mientras yo acabo de freír los pimientos, baja a la tienda a por vino, antes de que cierren. Hoy, por tu culpa, vamos a comer a las mil y quinientas.

En mala hora baja Gutiérrez a la tienda. Con las ganas que tenía el tendero de echarle la vista encima. Sinvergüenza, más que sinvergüenza... Ya se lo ha dicho doña Emerenciana, ya... Le debe dos meses de géneros, porque todo lo que gana se lo gasta con la tiota indecente que le trae sorbido el seso. Y mientras, su pobrecita mujer carece de lo más indispensable, y sus hijos, peor que los críos de los gitanos, descalzos y desnudos, comen gracias a la inagotable misericordia de las almas generosas y caritativas, como la del honrado dueño del establecimiento, donde jura Gutiérrez no volver en los días de su existencia a poner los pies, al verse por fin en la calle, libre de los insultos y zarandeos de aquel energúmeno.

A su mujer aquello le hace una gracia demente. Lo ha inventado para inspirar lástima al señor Robustiano, el ultramarino, y seguirle llevando al flado los gabrieles y las aluvias.

Gutiérrez no siente ganas de almorzar. ¡Tan bien como lo hace los demás días cuando vuelve de la oficina!

—La tranquilidad de no ir a trabajar le ha quitado el apetito—, le dice la abuela, que no se entera de nada y cree que todos aquellos trapajos que ostenta su yerno en la cabeza se los ha puesto por entretener a los chicos.

Llega la tarde, y Gutiérrez, para seguir descansando... a doña Emeren-

ciana, saca a los niños a paseo. En la plaza de Oriente se le cae el uno, le arma una perra el otro y tiene una casi cuestión personal por otra perra: la de un transeúnte a la que el mayor de sus vástagos le pega un puntapié en el hocico, para dejarla, como a su papaito, la vecina del boulevard...

Después de cenar, Gutiérrez, fatigado de tan diversas y tranquilas emociones, hace intención de acostarse. Pero, quieras que no, como al día siguiente no tiene que madrugar para ir a la oficina, un vecino le obliga a pasar con su señora a su casa, donde Gutiérrez oye siete veces el disco de los tientos de la Niña de los Peines, catorce el de una cosa que el dueño del fonógrafo dice que es *La Viuda Alegre* y diez y nueve el gracioso y chispeante monólogo de *¡Una señora cómoda!*

La velada acaba como el rosario de la Aurora. A la dueña de la casa le da un soponcio, y Gutiérrez ha de bajar de prisa y corriendo a la botica; doña Emerenciana, de la emoción, se accidenta también, y segunda parte de la misma película; hasta que, por fin, de madrugada, concilia el sueño el afortunado oficial primero de la sección cuarta, departamento quinto del Negociado de Marcas y Patentes.

Al siguiente día, Gutiérrez se levanta dos horas antes de lo que en él es costumbre. Se lava, se viste, y, sin desayunarse, para llegar antes que nunca al Ministerio, se presenta ante su jefe, incorregible madrugador, que al ver a su subordinado duda si es, en efecto, Gutiérrez, o el maniquí de un escape-rate de una tienda de aparatos de cirugía.

—¿Cómo usted aquí, Gutiérrez?—le dice don Abundio.

—Sí, señor; renuncio a los catorce días de licencia que me restan.

—¿Y eso?

—No sabe usted, don Abundio, ¡lo bien que se está en la oficina los días de permiso!...

ANTONIO SOLER

Dib. LÓPEZ REY.
Madrid.

—Eres un bestia. Te has comido todo el gazpacho y no has dejado ni mancha en el plato.

—Esa es mi costumbre: cuando salgo con el ganado, pues... rebano.



"BUEN HUMOR" EN PARÍS

CRÓNICAS ABSOLUTAMENTE VERACES DE UN VIAJERO REGOCIJADO

LXXVI

Queridos lectores, y, sobre todo, queridas lectoras: Voy a hacerles a ustedes una confidencia, que no la he hecho antes porque me daba cierto encendido rubor el hacerla, pero que hoy me determino con rubor y todo, porque ya no puedo aguantar más.

En París estoy sintiendo la nostalgia del piropo...

Esta sencilla frase, triste como suspiro de soltera de cuarenta y nueve años y medio, expresa con diáfana claridad que añoro los piropos madrile-

ños y que me estoy aburriendo de una manera asaz retumbante al ver que aquí no se gasta eso para andar por la calle ni creo que tampoco para andar por casa.

Es una lastimera pena que París, que tiene costumbres eximias como el amor libre, el desnudo académico y el casamiento criminal, no haya entrado en la costumbre galante y económica del piropo a la intemperie. No voy a defender el sistema del piropo candente, estentóreo y kilométrico, porque el piropo sea español, no. Fuese chino o guatemalteco, calagurritano o finlandés, y lo defendería lo mismo. El piropo es una especie de válvula de seguridad, que impide que el hombre estalle en mil menudos trozos al impulso de un súbito frenesí contraído en presencia de una morena transeúnte que le fría la sangre o de una rubia tranviaria que le vulcaniza el cerebelo y le pone los dientes un poco más prolongados que de ordinario. El piropo sirve principalmente para que toda la fuerza se le vaya a uno por la boca y evita una porción de disparates como la congestión cerebral, el rapto de locura, el rapto de la novia, la tortícolis, la idiotez y el matrimonio, que es la idiotez elevada a la sexta potencia y luego al cubo.

Un ¡viva su señora mamá de usted, aunque a su papá le contraríe!, chicleo que un servidor ha emitido innumeradas veces en la carrera de San Jerónimo, evita que uno caiga en el deleznable crimen de estrechar en sus brazos a la ciudadana que pulula por nuestras cercanías, acto que está muy mal visto y que en Madrid no lo consentirían los guardias, ni los Poderes públicos, ni la Prensa, ni es probable que la interesada, aunque esto último no nos atrevemos a asegurarlo categóricamente, porque hay casos en que falla. Un ¡no la muerdo a usted la nuez,

porque estoy a régimen!, impide que la mordedura sea un hecho efectivo y que los agentes de policía le cojan a uno con el bocado en la boca y le lleven a la Comisaría entre el escarnio de la abigarrada muchedumbre. Y un ¡me la comería a usted íntegramente, a pesar de que debe usted de estar muy salada!, ha evitado más de una vez que el piropoador, presa de amoroso transporte, agarre a la muchacha debajo del brazo y la convierta en una niña desaparecida más.

De todo esto se deduce que el piropo, lejos de ser un exabrupto imperitente, es una cosa de una inocencia sólo comparable a la cándida sencillez del jazz-band y del encaje de bolillos, que son las dos ingenuidades mayores que registra la historia del planeta. España, que es el único país donde se profieren estas saluciones entusiastas, es el pueblo más honrado del mundo, el menos neurasténico y el que menos tonterías comete en materia de señoras y de señoritas, y todo como consecuencia de la libre emisión del chicleo.

En cambio, en París...

En París no existe, como no existe en Londres, ni en Nueva York, lo que pudiéramos llamar el piropo hablado; pero por desgracia para los parisenses, hay una porción de sujetas que circulan por las calles, guapitas ellas, sonrientes ellas, y con ganas de buscarte tres pies al gato ellas. Un madrileño las diría unas cuantas cosas enormes y se quedaría tan tranquilo; pero un parisiense se tiene que limitar a pensar esas mismas cosas enormes, y como el pensamiento va mucho más lejos que la palabra y tiene mucha menos educación, resulta que el parisiense se pone a pensar y, en vez de quedarse tranquilo, a los dos minutos está para que lo aten, pero con doble nudo para evitar que se suelte y dé un espectáculo poco congruente.

Esta actitud de los parisenses en la vía pública ante el objeto de su admiración es lo que yo califico de piropo mudo. Tiene innumerables aspectos, según la edad, color de pelo, caída de ojos y levantada de faldas de la señorita transeúnte. Hay caballero que al encontrarse con una socia un poco gordita pone la misma cara que si se hubiese encontrado una moneda de dos francos en la acera. Otros expresan su agrado sacando el pañuelo y sonándose armoniosamente, con lo cual parece que dan a entender que la señora no es moco de pavo. Hay quien hace un gesto como si le hubiesen pisado un callo.



«LE PANTHÉON»

Acabo de escribir el rótulo de esta alegre fotografía y veo con espanto que lo he puesto en francés. Pero no importa, lo traduciré en seguida para que se den ustedes perfecta cuenta de lo que es esto. Esto, dicho en castellano, es EL PANTEÓN, y con eso creo que está dicho todo. Se trata de un monumento, con el que se dan mucho pinto los parisenses, destinado a recibir las cenizas de los hombres ilustres. Lo inauguró Mirabeau, mejor dicho, su frío cadáver, el año 1791. Luego continuaron llevando allí gente, y en la actualidad hay un lleno que anonada. No obstante, la casa es tranquila y está en condiciones higiénicas inmejorables, hasta tal punto que si la gente, en lugar de ir allí muerta fuese viva, viviría Dios sabe los años.

Hay quien mira unas pantorrillas con el mismo deleite que si se tratara de dos *bistés*. Hay quien se muerde el bigote, hay quien se rasca la oreja, hay quien escupe para disimular que es la baba la que se le está cayendo y hay quien tropieza y se cae de bruces antes que la baba.

Estas imbecilidades nauseabundas son las más corrientes. Por excepción, los muy tenorios, los irresistibles, los que gozan en París fama de tremendos, estornudan al paso de la señora o lanzan un silbido que si lo oyese Muñoz Seca se moría en el acto, o ponen los ojos en blanco y sacan la lengua, aunque no con expresión de burla sino muy en serio.

Todo esto, que es mucho más verdad que el talento de Melquiades Alvarez, justifica lo desgraciados en amores que son los nobles y bravos habitantes de París. Un hombre que hace esas cosas en la vía pública, en la *vía privada* tiene que ser un pelmazo y no puede haber mujer que lo aguante arriba de un mes. Pero como las pobres mujercitas parisienses, si acaban con un pelmazo es para empezar con otro, resulta que empiezan y no acaban, y gozan de una funesta reputación de casquivanas, sencillamente porque no encuentran lo que buscan y se empeñan en seguir buscándolo, tarea ingrata y laboriosísima en la que gastan su juventud, y algunas su ancianidad, porque es que no se cansan las hijas de mi alma.

Resumen: que todas estas desgracias no reconocen más causa que el no estar en París admitido el piropo con todas sus consecuencias. Un *vive ta mère!* o un *pas à la grâce de Dieu!* hubiesen dado a los parisienses un prestigio de que carecen, y les hubieran evitado muchos disgustos y muchos ridículos densos y apremiantes. Se impone, sin embargo, una aclaración que es de justicia, aunque no sé si será de gracia. En París los caballeros no cultivan el piropo, pero las señoras, sí.

Por lo menos a mí me dirigió anoche una bella *demoiselle* un piropito que no repito aquí porque me da vergüenza, y porque a ustedes les dará lo mismo... (es decir, vergüenza también.) Un poco avanzada era la hora en que me fué administrado el chicoleo, pero esto no quita valor a la cálida frase que mi apostura española y mi rostro

lánguido y adormilado arrancaron a mi entusiasta interlocutora.

¡Y si supieran ustedes cómo se lo agradecí y cómo se lo pagué!

Pero más vale que no lo sepan.

LXXVII

Yo creía que los parisienses eran orgullosos y me he convencido de que estaba en un error craso y sebáceo.



LA «RUE DE CHATEAUDUN»

Arteria parisiense en la que pueden ustedes estudiar concienzudamente la circulación de vehiculos, peatones y otros objetos, según se verifica en París. Hay un gachó estacionado en el borde de una acera, otro rascándose el dedo gordo de un pie en medio de la calle, un grupo de comunistas rebeldes en la segunda esquina de la izquierda, un pequeño lío entre dos autobuses, un carro parado porque le da la gana y un coche parado porque no anda. Véase también una elocuente portera barriendo la parte de vía pública que corresponde a su portal, a pesar de que no son todavía más que las doce y diez. ¡Un encanto, en suma! ¡Ah, no intenten ustedes ver a ningún guardia con ninguna maza, porque se estropearían ustedes la vista inútilmente!

¡Ayer me pidieron dos francos, ¡a mí, pobrísimos y lamentable extranjero!, diciéndome que venían de parte del alcalde!

Y yo los di, deplorando que todo un alcalde de París le pidiera veinte inmundos perros gordos a un noble cronista de la calle del Fúcar.

A hora bien: esos dos francos me los pidió un guardia porque me vió junto al muro de un edificio público, empeñado en llevarle la contraria a una ver-

sallesca lápida que decía: «*Défense de pisser.*»

Pero como el amable municipal insistió mucho en que venía de parte del alcalde, y en que él ni entraba ni salía en el asunto, es justo que yo achaque al alcalde la modesta petición y me honre diciendo que no tuve inconveniente en aflojar la mosca, atendiendo a su galante requerimiento.

Y con una observación: que no me extrañará que si un día repito esa es-

cena ante el arco de triunfo de la Estrella, se me acerque un zuavo a pedirme un billete de veinticinco francos de parte de Napoleón I.

Que yo daré encantado, ¡qué duda cabe!, por tratarse de una persona que siempre me fué muy simpática.

Sobre todo, porque ya se había muerto cuando yo nací.

ERNESTO POLO

París.—Bar Fontaine.—Octubre.

En la República Argentina se vende BUEN HUMOR en todos los quioscos, estaciones del ferrocarril y subterráneo y en las oficinas de nuestro representante

A. MANZANERA.—Independencia, 856.—BUENOS AIRES

En Buenos Aires sólo cuesta 25 CENTAVOS el número de BUEN HUMOR

LOS CAMINOS BURGOS, LA HISTÓRICA

(De paso para Madrid)

A un lector que me ha salido en Burgos, con mi amistad y sorpresa.

En la palma de la mano de Castilla y junto a unas hileras de chopos, Burgos está parado y cargado de historia.

¡Qué envidiables son los pueblos que no tienen historia! ¡Se sentirán tan frescos, tan recién lavados, tan libres! Por desgracia, pocos sitios quedan sin historia, porque la Historia no perdona nunca y se mete en todo.

Hay en Burgos los enterramientos de más de cien reyes, arzobispos, héroes de gesta, caballeros, canónigos...

Por si fuera poco, ahora van a llevar a Burgos algunos que faltaban en la colección: Fernán-González, según creo, y los Siete Infantes de Lara. ¿Para qué quieren tanto muerto, para qué quieren tanta historia? ¿No les pesa, no les anula a los vivos estar al lado de tanto personaje?

Uno que ganó una batalla, otro que ganó dos, aquél, más afortunado o más bruto, que ganó tres batallas a los moros. Todos han escrito su página. Esto no nos parece mal, porque cada uno puede escribir lo que le dé la gana, pero sí que esa página de Historia de cada uno se nos imponga a nosotros, y nos oprima.

Una multitud así de personajes legendaríos apabulla a los que viven en Burgos, a los que se abrigan del frío de Burgos, que es frío de historia también.

Si un militar quiere pavonear sus grados y sus méritos, como es muy natural, le dirá la historia:

—Sí, sí, muy bien. Usted es coronel y ha ganado sus ascensos y sus cruces por méritos de guerra, pero ¿quién se ha enterado de eso? ¿Qué batalla gloriosa, qué acción? En cambio, aquí tenemos al Cid ¡Ahí es nada! ¿Ha conquistado usted Valencia como él?

El militar balbucirá que Valencia está ya suficientemente conquistada y que se estrellarían todos sus esfuerzos en ese sentido, pero la Historia, implacable, descargará sobre él todo su cargamento abrumador de datos, de cifras...

—¿Ha tenido usted algún caballo que se llame Babieca? Y, aun suponiendo que su valor sea comparable al de Rodrigo Díaz, ¿ha ganado usted alguna batalla después de muerto? No, no ha ganado usted ninguna batalla después de muerto, seguramente, y eso le coloca en una situación de inferioridad. Usted podía vivir en Burgos, tener su destino en Capitanía, pero hasta no haber ganado ningún estandarte árabe en las Navas de Tolosa, o hasta poder decir que ha jurado ante el rey Alfonso no haber tomado parte en la muerte de su hermano don Sancho, la importancia social de usted será borrosa.

Jueces donde lo han sido Lain Calvo y Nuño Rasura, están también en situación de inferioridad, y es que hinchamos tanto las figuras históricas, hombres al fin y al cabo como nosotros o peores que nosotros, que vivimos dominados, vencidos por ellos.

A mí me querían pegar un día que hablé de *mi compañero Calderón de la Barca*. El capitán general de la

sexta región sería muy mal mirado si se atreviera a hablar de *su compañero* el Condestable don Pedro Fernández de Velasco. Claro es que ni el excelentísimo capitán general ha hecho una capilla como la que su antecesor construyó en la catedral, ni yo he hecho nada que se parezca a *La vida es sueño*, pero, indudablemente, el excelentísimo capitán general y yo valemos más, puesto que somos dos realidades inmediatas y los otros no pueden moverse de sus tumbas.

Prueben los de Burgos a tomar las cosas con indiferencia, a dársele una higa el Cid y su cofre célebre, que no es sino un baúl viejo, prueben a admirar sus monumentos más como bellos que son que por lo históricos que puedan ser; prueben a decir, en vez de «Aquí estuvo Fernán-González, en el siglo x», «Aquí estoy yo ahora», que es más positivo. Muy respetables todos aquellos señores, pero no deben preocuparnos demasiado.

■ ■ ■

Me hicieron notar una vez que todos los barquilleros que recorren España con su rueda jovial, son burgaleses. Frecuentemente, he comprobado esto y he llegado a admirar tal especialidad de los de Burgos.

No casa muy bien la fragilidad de un barquillero con las piedras seculares, con la mole histórica que es Burgos. Quizá debían los naturales de esta ciudad hacer cañones o espadas o campanas de catedral: lo fuerte, lo guerrero, lo majestuoso, lo místico. Pero se han empequeñecido, engolosinado, y han hecho los quesos blandos y los barquillos quebradizos.

Hay en esto un aire de despreocupación, un sentimiento más arraigado de la gastronomía que de las gestas.

Se me dirá que el Cid no combatía con lanzas de barquillos, como las que se nos entregan, unos dentro de otros, cuando hemos ganado mucho, y que los Colonias no levantaron las naves y las torres de la Catedral con queso, sino con piedra y, por ello, conquistaron y embellecieron de un modo perdurable, pero reconozcamos que, para la vida inmediata, es más importante un queso que todas las conquistas del Cid y que nosotros no vacilaríamos entre probar de uno y considerar las glorias del otro.

Conquistar España los barquilleros de Burgos, con sus barquilleras colgadas a la espalda y, cuando el juego se prohíbe, ellos, con el Estado, que es el banquero de la timba nacional de la Lotería, son los únicos que dicen «No va más» y que pagan en vainilla los plenos que ha hecho la punta de balena al encerrarse entre los barrotes del 10 o del 25.

José LÓPEZ RUBIO

Ya en Madrid,



Dib. GALINDO. —Madrid.

DE VISITA

—¿Pero qué es eso, no viene usted con su marido?

LAS COSAS DE LOS TEATROS

ANTE UN GRAN ÉXITO

Ea, pues ha salido un competidor: pero no un competidor al que se puede avasallar con una comedia, ni con dos, ni con diez; no lo crean ustedes. El enemigo que viene en busca del trimestre es muy capaz de entenderse con todos los que se llevan las liquidaciones mensuales de miles de pesetas. Quien escribió *El juramento de la Primorosa*, tiene agallas para acabar con los acaparadores de los teatros y tiene voz para hacer que callen los que más chillen en esto de meterse el público en el bolsillo.

¡Caracoles, con la señora! En serio que íbamos a la Princesa seguros de presenciar lo que en el lenguaje convenido de las revistas—y más tratándose de una dama distinguidísima, cuyos pies me apresuro a besar—llamamos una «obra amable y discreta...»

¡Sí, sí! Doña Pilar Millán Astray, posee una malicia teatral que para sí quisiera nuestro insigne Muñoz Seca y es más «truquista» que el mismísimo don Carlos Arniches. El sainete madrileño *El juramento de la Primorosa*, presenta de obra fundamental lo que el cronista de pastor protestante; pero en lo que respecta a obra de público, deja en mantillas a los mismísimos *Los chafos*, ponemos por producción escénica de segura aceptación popular.

Es folletinesca, es falsa, es distraída, emociona al buen público burgués, hace reír, tiene, en fin, todas las características del teatro moderno español que tan pingües beneficios produce a sus cultivadores.

La señora Millán Astray, después de su último estreno, se ha «colocado». Usando del «argot» teatral diremos que va «a robar el dinero». Cuando escriba tres sainetes más y una «astrakanada» —que la producirá—y adquiera la misma velocidad que sus maestros en el género, no va a haber fuerza que la haga parar, ni crítica que la reintegre a los cánones... ¿Quién detiene a nuestros comediógrafos en la pendiente de lo convencional y de lo falto de carne y de lo ayuno de espiritualidad?

...

Creánnos los emperadores del trimestre. La señora Millán Astray viene a buscar una crecida parte de sus ingresos y un elevado tanto por ciento de los aplausos que hasta ahora les pertenecían por derecho propio.

El peligro femenino es un hecho real que amenaza las cabezas y los bolsillos de muchos autores populares.

Les acompañamos en su sentimiento. Y en honor a la verdad, con el sincero convencimiento de que cumplimos un deber de cortesía, añadiremos que igualmente se deben expresar las indolencias a la distinguida dama y autora triunfante.

Hasta hace pocos días era un valor oculto, una esperanza de la dramática contemporánea española...

De hoy en adelante no pasará de ser un autor de obras sin importancia, o sease de comedias de positivo éxito. Lo que equivale a decir que ganará muchos duros en el teatro.

Y váyase lo uno por lo otro.

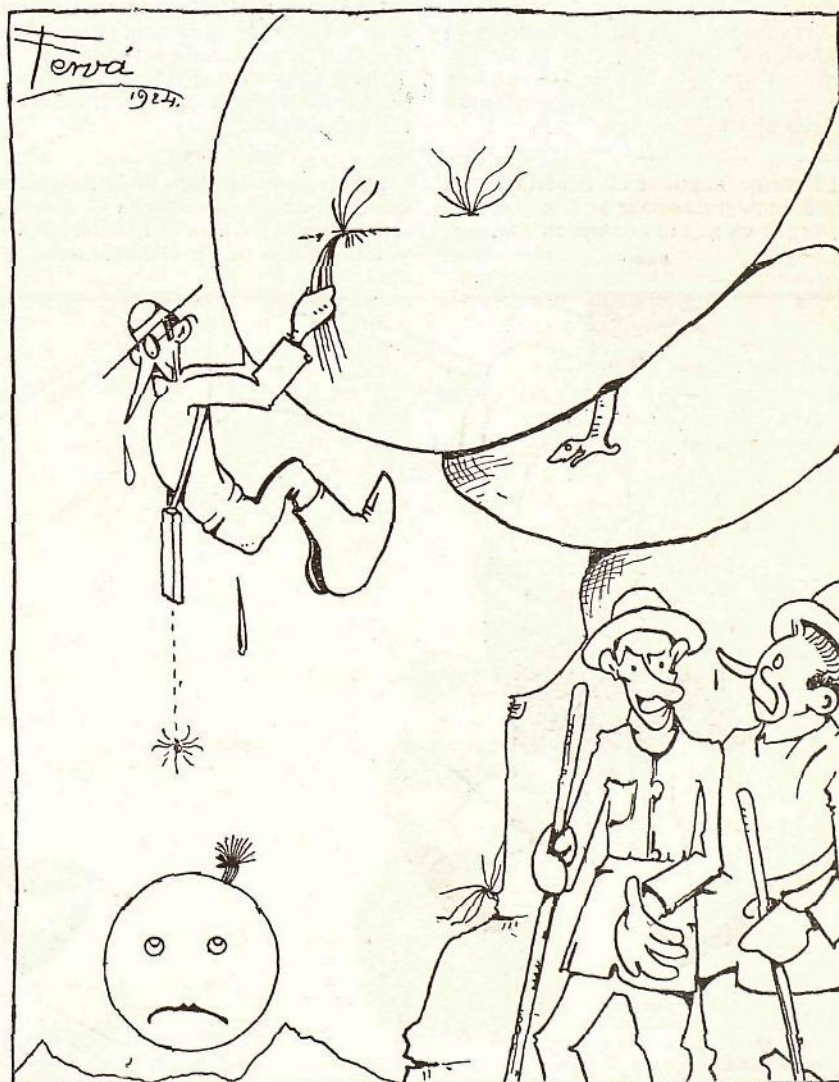
Por el momento no hay más remedio que consignar que el estreno de *El juramento de la Primorosa*, fué un verdadero alboroto; que la señora Millán Astray salió a escena infinidad de veces, y que a las representaciones acude numeroso público que sigue aplaudiendo con calor y entusiasmo.

Y eso, en lo que va de temporada, no lo ha conseguido aún ninguno de los autores de nota a los que se puede clasificar en la «cuerda» de la novel y triunfante sainetera.

Insistimos, con la mano puesta sobre el corazón, que ello no es un elogio por nuestra parte.

Supongo que ustedes me entienden.

José L. MAYRAL



Dib. Fervá.—Colmenar Viejo.

—¡Ese hombre se mata!

—¡No tengas cuidado: es un tfo muy agarrado!...

ALREDEDOR DEL MUNDO

CURIOSIDADES Y RAREZAS

En Ilo-Ilo no se conocen los ferrocarriles, con lo cual no pierden gran cosa sus habitantes, pues para disfrutar de trenes como los de nuestra imponderable Compañía del Norte, creemos que están mejor andando a pie o en un asno pacífico y noviciado.

Pero la absoluta ausencia de vías férreas en Ilo-Ilo, ha determinado que ninguno de los naturales del país pueda ganarse la vida como factor, jefe del movimiento, fogonero, mozo de equipajes o guardaagujas, lo cual es una lástima, pues se les quita una porción de profesiones en donde elegir, ahora que todo está tan malo y no sabe uno a qué dedicarse para poder comer.

Anotemos, sin embargo, el detalle de que resultaría unas miasmas ridícula la profesión de guardaagujas de Ilo-Ilo, y quizás sea ésta una de las razones por las que no hay ferrocarriles en aquella apartada orilla.

El mejor negocio de Siberia es la venta de pastillas para la tos.

Porque es que las compran *tós*.

La estadística asegura que de cada cien suegras, noventa y ocho se pegan con los yernos concienzudamente, reiteradamente y contundentemente.

Y las dos que no se pegan, no es por falta de ganas, sino porque los yernos echan a correr raudos, veloces y automovilísticos, en cuanto las ven aparecer por el extremo del pasillo.

El calculador Inaudi no puede sumar los años de Loreto Prado, porque dos veces que lo ha intentado le han dado vahídos y ha tenido que tomar café para despejarse.

La Ópera de París, entre otros varios detalles de ornamentación, tiene multitud de arañas de seis brazos.

Pero nuestro teatro Real la supera, porque tiene arañas de veinticuatro patas en adelante.

En cierto merendero de la Bombilla, donde el dueño se reserva el derecho de admisión a causa de lo heterogéneo y catastrófico de su clientela, está se-

veramente prohibido el eructo, hasta tal extremo que es expulsado del local el que osa lanzar uno.

Aplaudimos tan sabio proceder, que además tiene una lógica nítida y refulgente: ¡porque, o sobra la Bombilla o sobra el gas!

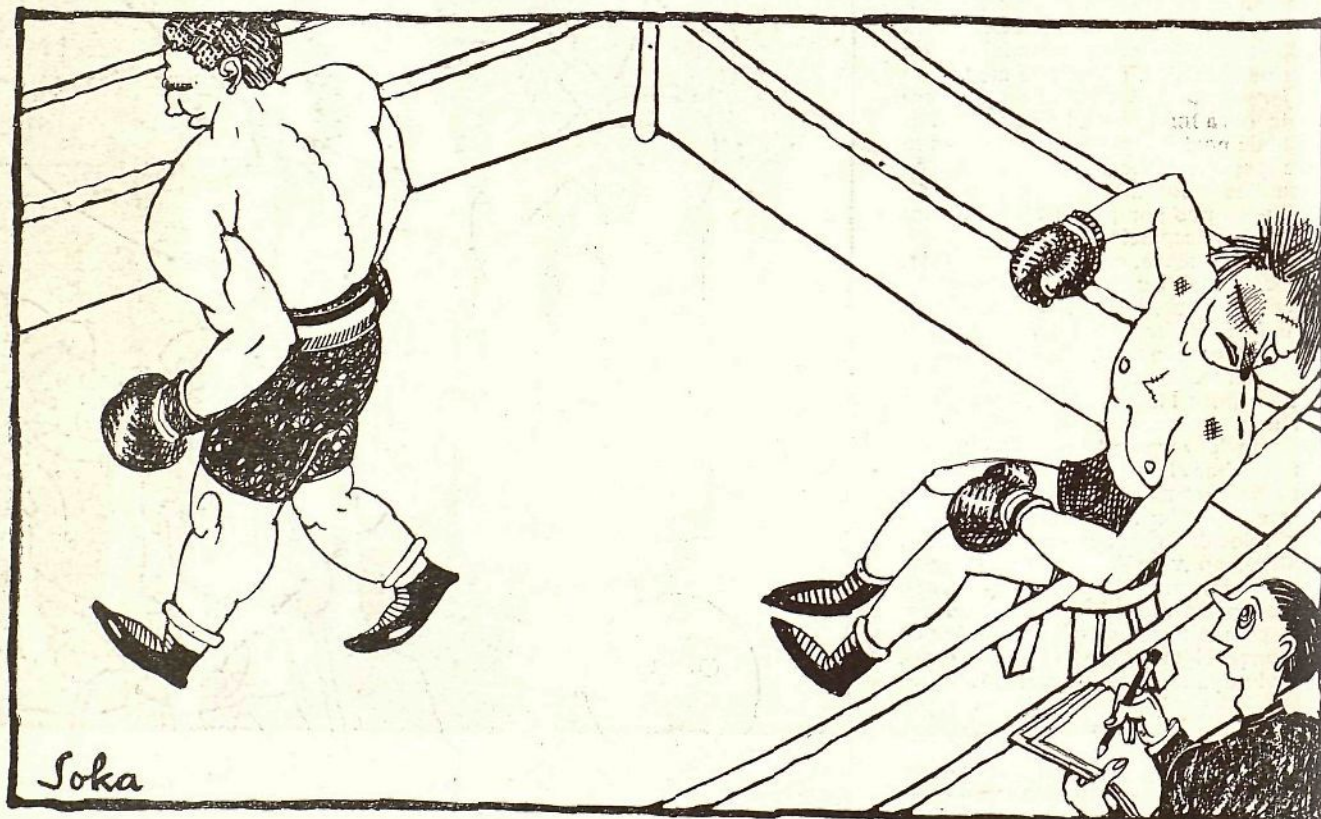
La Mancomunidad catalana fué una idea de Cambó, aunque hay quien dice que fué Romanones quien primero pensó en semejante cosa.

Nosotros tenemos fundados motivos para negar que Romanones fuese el autor de tal desaguisado, y la razón es la siguiente:

¡De ser el ilustre conde el inventor del prodigioso sistema, en lugar de Mancomunidad, hubiese sido Cojomanidad, o no hay sindéresis en el mundo!

A *Chelito* no le ha tocado ningún gordo.

NÉSTOR O. LOPE



EL PERIODISTA.—Entonces su contrincante es semipesado.
EL DE LAS NARICES CHORREANTES.—A mí me está resultando pesado del todo.

Dib. SOKA.—Madrid.



EL QUE A HIERRO MATA...

Dib. SÁMA.—Madrid.

VIRGILIO.—Estos encapuchados fueron en vida yanquis afiliados al Ku-kux-klam.

DANTE.—¿Y esa música infernal que se oye?

VIRGILIO.—¡Es que están condenados a oír eternamente el Ku-kux-klam-fox.

LÚ

Lú es un niño, tiene apenas ocho años. Desde muy temprano atruena la casa; algún espíritu refinado le ha comprado una trompeta, que él ha aprendido a desatancar anulando así nuestros esfuerzos.

Después produce otros incidentes ruidosos a la hora de su baño. Lú sería feliz, si le dejasen exhibir su cara, llena de tiznones, y sus manos y uñas del más obscuro color.

Existen ciertas reglas de higiene pública y privada que se oponen a su deseo, y él no se conforma y hace patente su protesta contra la sociedad.

Hoy le he dicho:

—Lú, hoy vas a salir conmigo.

Yo esperaba un grito de júbilo, pero Lú, ocupado en atarle las dos patas de atrás al perro, no me ha oído; repito pues:

—Lú, ¿quieres salir esta tarde conmigo?

El niño ha dejado su tarea y me ha mirado con desconfianza.

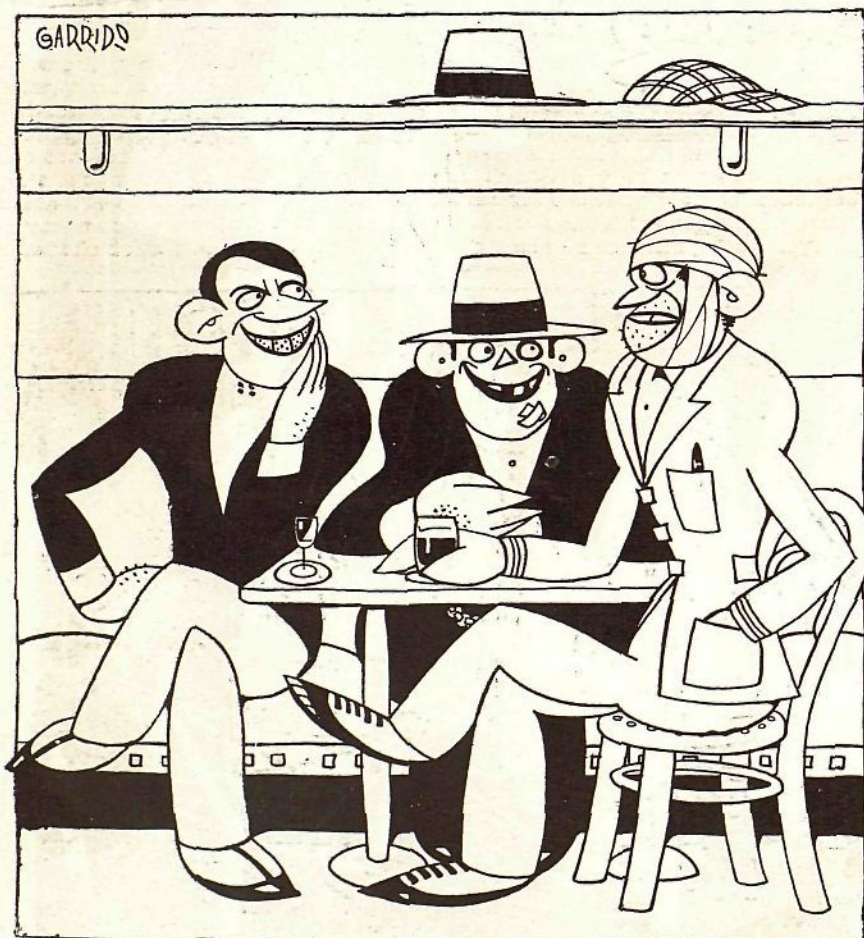
—¿Adónde me quieres llevar?—me ha preguntado—. Yo medito la respuesta; por lo visto el niño no ha olvidado que la última vez que salió conmigo asistió a una obra de teatro, una comedia sería. Lú, en aquella ocasión, no me dijo nada; pero yo noté que estaba ofendido y su enfado le duró varios días.

Le he contestado:

—Pues podemos dar un paseo, hacer unas compras en la confitería; después te llevaré al bazar.

Ha tenido una sonrisa y se ha puesto el sombrero.

Hemos marchado por la calle distraídos. Lú no ha pisado ni una sola rendija de las baldosas; ha conseguido eso merced a varios tropezones con los transeúntes, y después de haber tirado de mí, que lo llevo de la mano, de mala manera.



Dib. GARRIDO.—Madrid.

—Pero, hombre: ¿Cómo dices que el Caneque ha tenido más suerte que tú, si a los dos os han echado el toro al corral?

—¡Pero a él no le han pagado!

Mientras hacía un encargo en la confitería, Lú ha robado un dulce y se lo ha comido; Todos lo han visto y se han callado; yo me he creído en el deber de reprenderle.

—Lú—le he dicho—, nadie debe coger lo que no es suyo, eso es un hurto, y está muy feo en todas las edades, y el que a tu edad roba una vaca, luego, cuando es mayor, roba una vaca... digo...

Lú me ha corregido.

—No es así se dice: «Cuando a tu edad se roba un dulce, de mayor se roba una vaca.»

Sin embargo, Lú quedó como arrepentido de su acto y yo satisfecho de ver mi lección moral aprovechada.

Salimos a la calle. Lú camina en silencio junto a mí; ha pisado varias ranuras de las baldosas. Interrogo con la mirada al niño. Tiene un carrillo terriblemente hinchado:

—¿Qué te ha ocurrido?

Lú no contesta. Insisto:

—A ver qué es eso; un flemón quízás.

Pero no era eso: le he abierto la boca y he hallado un enorme dátil de los de la confitería.

Hemos caminado ya, sin hablarnos; Lú no ha vuelto a pisar una rendija.

Hemos ido de visita, y él ha ido al cuarto de los niños de la casa; una hora después, y cuando lo llamo para marcharnos, aparece con su cara más perversa y el sombrero puesto; detrás de él, los niños de la casa muestran sus rostros espantados; van a llorar de un momento a otro.

—Lú—le digo—, despidete de tus amigos y de estos señores, y quítate el sombrero: ¡no son maneras de estar en una casa!

Lú se despide, pero con el sombrero puesto; entonces se lo quito yo, y de su cabeza cae una lluvia de lápices de colores...

A pesar de todo, y por no faltar a mi palabra, lo he llevado al bazar.

Los primeros momentos han sido graves. Lú ha cogido varios juguetes y los ha guardado precipitadamente en sus inmensos y deformados bolsillos. Unas protestas de las encargadas y mi conciencia han hecho que le volviesen los bolsillos del revés, a su gran enojo.

Hemos recorrido el bazar minuciosamente, le he hecho notar el mecanismo de los aeroplanos que vuelan al fin de un hilo, visto los automóviles de pedales. Las cajas de construcciones. Un organillo. Rompecabezas. Un balón. Lo ha visto todo y le he preguntado:

—De todo esto, ¿qué es lo que te gusta? ¿Qué es lo que quieres?

Me ha respondido brevemente, mas con firmeza, que lo único que merecía su aprobación era la máquina registradora de la caja.

Lo he llevado a que le cortasen el pelo...

EDGAR NEVILLE



—¡Te ahogo! ¡Te ahogo!...

—¡No me importa: sé nadar!...

Dib. Tono.—Paris.

UN AMOR EN CINCO CARTAS

Madrid, 15 de septiembre.

Señorita Dolores Pérez.

Distinguida señorita: Desde el instante en que tuve la dicha de verla en la puerta de la pollería «El Ave César», de que creo es dueña, me han dado más mareos que al pasaje de un trasatlántico. Confieso que en esto de la belleza femenina tuve siempre un criterio muy elástico, pero su vista me ha impresionado más que la de una película que vi en mi tierna infancia titulada *La venganza cruel y recíproca de las familias de los bandidos chinos expósitos*, en que el protagonista se suicida tomándose un bocadillo de gutapercha. Baste esto para indicarla que me ha gustado más que una excursión en camello, y que, al igual que las cocinas de campana, ha despertado en mí el sentimiento del hogar. ¿Se siente usted capaz de ser mi esposa? No la exijo una contestación inmediata; la ruego, sin embargo, que abra su pecho hacia mi amor, y me dé con él un sí que me ha de hacer más feliz que en mi niñez me hubiera hecho una bicicleta de tres ruedas con bocina.

Permítame que mientras tanto vaya todos los días hacia su balcón, para ofrecerla de este modo madrigalesco el homenaje de mi víscera cardíaca.

La ruego me perdone la libertad que al escribirla me he tomado. Sé que son ustedes de América, aunque ignoro el sitio fijo, y la mayor libertad que en estas cuestiones hay allí me ha decidido a emplear este modo de ofrecerme de su hermoso palmito admirador que sus pies besa, *Pío Perales*.

Madrid, 17 de septiembre.

Sr. D. Pío Perales.

Muy señor mío y distinguido *sportman*: Al enterarme de la aplicación industrial del queso manchego para sacar brillo a los metales, no experimenté sorpresa mayor que al recibir su carta.

Muy mucho le agradezco el interés que por mí manifiesta. Ahora bien: ese mismo interés es lo que me induce a darle unas calabazas con las que se puede arriesgar sin temor por las cataratas del Niágara, porque mi padre, —que no es ningún moicón de «Doña Mariquita»— supone que ese interés es meramente pecuniario. No se ofenda, pues nada tiene de particular que como la pollería nos produce algunas *plumas*, quieran adornarse con ellas algunos *gansos*. No obstante, le agradezco la intención y le ruego cese en sus exaltados madrigales. No conseguiré nada con ellos. No por mucho *madrigal* amanece más temprano. Hay, e de-

más, otra razón por la que declino su ofrecimiento. Es usted más joven que yo, y no quiero que si el día de mañana llega a enamorarse de mí y sólo a mi lado sabe estar, diga la gente, al darse cuenta de que para mí es casi un niño: «¡mírale, no sabe andar sin la polleral!»

Le agradezco mucho igualmente los elogios que dedica a mi palmito. ¿Palmito? ¡Dirá usted un metro sesenta!

Le ruego no vuelva a insistir con sus cartas, pues a pesar de a libertad que supone en mi país (y aprovecho para decirle que somos del Estado de Nueva Jersey), mi padre no es nada propicio a esta clase de correspondencia, y lleva corrientemente un bastón que, según algunos afamados africanólogos, procede del tronco de un baobab.

Para mitigar la pena que pueda causarle esta decisión mía, tengo mucho gusto en regalarle el gallo que le adjunto.

Suya affma, Dolores Pérez.

Madrid, 18 de septiembre.

Señorita Dolores Pérez.

Distinguida señorita: Es usted más cruel que una bota estrecha. No sé a qué viene su obsequio. Le pido un *sf* de *pecho* y me da un gallo. Encima me toma el pelo en lo que respecta a su nacionalidad. ¿Americana y de Jersey? ¡La compadezco en verano! Hace mal en reírse del amor; éste lo purifica todo. Tan convencido estoy de ello, que en cuanto me enamoro llevo el filtro a una casa de compraventa.

Se sonríe del bastón de su papá, *Pío Perales*.

Madrid, 19 de septiembre.

Sr. D. Pío Perales.

Se queja usted porque mi hija le ha dado un gallo, sin pensar que está haciendo oposición a que yo le dé algunos capones. Le ruego no vuelva a escribir a mi hija y no eche en olvido que poseo un magnífico bastón de cayada, que se encuentra en disposición de dar más palos que los que se necesitan para la línea ferroviaria de aquí a Hong-Kong *Epaminondas Pérez*.

Madrid, 20 de septiembre.

Sr. D. Epaminondas Pérez.

Es usted más camello que el que anunciaba el betún *Ecla*. Puede guardarse su hija en la seguridad de que no he de molestarla, ya que, según los anticuarios, su nacimiento data del tiempo de la invención de la carne de membrillo.

Sigue sonriéndose del bastón de cayada, *Pío Perales*.

A esta carta ya no hubo contestación; fué la cayada por respuesta.

MANUEL LÁZARO



Dibujo
GARRÁN
Madrid.

—De alegría que tengo, hasta mentira me parece que usted haya aceptado mi cariño...

—No le extrañe, porque siempre estoy haciendo tonterías!

HABLADURÍAS

Esperanzas telefónicas

(Carta de una amiga)

«Si le importuno a usted, perdón le pido;
pero dígame usted, don Juan querido:
a esta España (hoy un poco *gedeónica*)
¿le hará un bien positivo
la nueva Compañía Telefónica
Nacional? ¿Hay motivo
para esperar que sean más dichosos
que ahora los abonados numerosos?
Por lo menos yo espero que, de fijo,
Ruiz Senén y Cifuentes
(uña y carne de Urquijo)
querrán con todo empeño
dar gusto al vecindario madrileño,
comenzando tal vez por algo grato:
¡por hacer el servicio más barato!
Podrá así la mujer de don Enrique,
aunque goza de escaso patrimonio,
conversar, arrimándose al tabique,
con Pepita, con Luis, con Celedonio,
con Pura, con Librada,
y aun con su primo Antonio
(que la tiene un poquito dislocada)...
Ya veo a Fortunato
consultar a su esposa, Inés Briones,
en cuál de sus rincones
quiere que la coloque el aparato.
Ya veo en su teléfono a Severa
preguntando a su pobre lavandera
(que atiende por la *Rucia*)
si ha encontrado escondida una pulsera
entre la ropa sucia.
Ya, en fin, podrá la pobre Lola Prado
sorprender a su esposo descarriado
llamándole de pronto a la oficina
con el fin de saber si allí se encuentra
o si es que sale y entra
para ver a Pilar o a Guillermina;
y yo podré gozar en sumo grado
si logro mis deseos
de pedir los fideos
a la lonja de al lado
por mi *tele*, lo mismo que la prima
del señor general que tengo encima...
¡Bendiga Dios a Urquijo, el potentado
(igual que a Ruiz Senén y que a Cifuentes),
si miran por el bien del abonado
que hoy vive sometido a las *corrientes*!...
Perdone usted, don Juan, que le disguste
con esta extraña carta... si le llega,
y mande lo que guste
a su amiga, Paz Cuesta de la Vega.»

Por la publicación,
JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

GENTE... REGULAR



Dib. C. P.—Madrid.

LA JAVA.—Oye, Ninchi, ¿me llevas al
baile de la Bombi?

EL NINCHI.—No pué ser; hoy voy yo,
solo, al de la Embajada inglesa: ¡me hin-
cho de abrir portezuelas!...

DEL BUEN HUMOR AJENO

El bolchevique-sandwich, o conciencia y publicidad

por CAMI

ACTO PRIMERO

Un reclamo sensacional

La escena representa un almacén de cuchillería.

EL CUCHILLERO INGENIOSO.—«El que no llora no mama, y para la venta, inventa»; este es mi lema. Gracias a mi espíritu renovador, a mi inventiva prodigiosa, he de conseguir que el público fije su atención sobre mi cuchillería. Mi última creación, el cuchillo *grand soir, de hoja sabrosa*, supera a todas las invenciones conocidas.

EL VIAJANTE MARAVILLADO.—¿El cuchillo *grand soir, de hoja sabrosa*?

EL CUCHILLERO INGENIOSO.—Sí; yo me he dado perfecta cuenta de que todos los revolucionarios modernos llevan entre los dientes un gran cuchillo, ¿no es eso? Bueno; pues yo, con mi cuchillo *grand soir, de hoja sabrosa*, añado a esta necesidad revolucionaria la delicia de impregnar el cuchillo en esencias variadas: una composición especial que permite saborear bien el mentol, bien el limón, bien la groseña. Es decir, que el *hombre del cuchillo entre los dientes*, podrá a voluntad paladear a su placer las esen-

cias de su predilección, sin dejar ni un solo minuto de inspirar el terror entre los circunstantes. Como de'alle, le diré que mi *cuchillo grand soir de hoja sabrosa* perfuma el aliento y puede curar la tos, por rebelde que sea.

EL VIAJANTE MARAVILLADO.—¡Rusia va a quitarnos de las manos vuestra última creación!

EL CUCHILLERO INGENIOSO.—Cierto; se trata de un excelente artículo de exportación! Pero es que además cuento, para nuestro país, con una idea también original y de resultados seguramente sorprendentes. Se trata del *bolchevique-sandwich*, que ha de hacer un anuncio estupendo de mi cuchillería.

EL VIAJANTE MARAVILLADO.—¿Bolchevique-sandwich?

EL CUCHILLERO INGENIOSO.—Sí; un hombre-sandwich, a quien he contratado, recorrerá las calles, vestido de bolchevique, el cuchillo entre los dientes y emparedado en dos carteles, con el reclamo de mis artículos. Pero, calle usted; aquí llega mi hombre bolchevique... que viene a buscar el cuchillo y a comenzar su trabajo. (*El bolchevique-sandwich entra en la cuchille-*

ría. El cuchillero ingenioso le pone en la mano el cuchillo.) Tomad, amigo, éste es el cuchillo que debéis llevar siempre, siempre, ¿lo entendéis?, siempre entre los dientes. El éxito de esta publicidad está en esto precisamente.

EL BOLCHEVIQUE-SANDWICH.—Estad tranquilo. Hace veinte años que no hago otra cosa que ser hombre-sandwich. ¡Además, señor, yo tengo mi conciencia!... (*Se pone el cuchillo entre sus dientes y sale.*)

ACTO SEGUNDO

La conciencia del sandwich

La escena representa una calle.

EL CUCHILLERO INGENIOSO.—Voy al encuentro de mi *bolchevique-sandwich*; quiero juzgar por mí mismo de la eficacia del anuncio... ¡Allí se forma un grupo de gente alrededor de un *hombre-sandwich*! ¡Es él! ¡Es mi hombre! (*Aparta a empujones la gente que rodea al hombre-sandwich, y ve con cólera, con desesperación, que no lleve el cuchillo entre los dientes, y que, en cambio, fuma tranquilamente su pipa.*)—¡Oh! ¿qué es esto? ¡Miserable! ¡Canalla! ¡Yo no os he contratado para tener una pipa entre los dientes!

EL BOLCHEVIQUE-SANDWICH.—¡Oh! Permittedme, señor; yo os explicaré... Yo tengo derecho a fumar, siempre y cuando no falte a lo convenido...

EL CUCHILLERO INGENIOSO.—Lo convenido, señor mío, es que usted debe pasearse sin quitarse el cuchillo de entre los dientes.

EL BOLCHEVIQUE-SANDWICH.—Perfectamente. ¿Pero es que usted puede asegurar que yo no tengo entre los dientes vuestro cuchillo? ¡Yo no he dejado de tenerlo ni un sólo minuto!

EL CUCHILLERO INGENIOSO.—¿Habrá cinismo? (*Estallando de cólera.*) ¿Que usted lo tiene entre los dientes? ¿Que usted lo tiene?...

EL BOLCHEVIQUE-SANDWICH.—Sí; sí, señor; ¡lo tengo! (*Saca del bolsillo su dentadura con el cuchillo entre los dientes y la alza triunfante sobre su cabeza.*) Yo soy desdentado de nacimiento, pero tengo mi conciencia, señor mío (*con indignación*). ¡Sería capaz, caballero, de repetir que yo no tengo vuestro cuchillo entre los dientes! (*Y volviéndose a meter la dentadura, con el cuchillo entre los dientes, en el bolsillo, continuó magnífico y triunfador su paseo, echando al aire el humo de su pipa.*)

TELÓN

S.



Dibujo
LUSTIGE BLÄTTER.
Berlín.

—Un consejo de amigo: ¡para que ganes la carrera debes, no solamente ir más aprisa que los demás, sino, además, llegar antes que todos!...

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

APARTADO 12.142

MADRID

F. R. Madrid.—Si su *Pragmática* no fuese tan larga y tuviera un tono unas mías más divertido que el que tiene, se hubiese publicado. Sirvale esto de norma por si se le ocurre insistir, ya que en usted se aprecian excelentes condiciones literarias que elogiamos conmovidamente.

SASTRERÍA LORITE

Corredera Alta, 19

Gabanes y trajes desde 75 pesetas. 10 por 100 de descuento presentando este anuncio.

Canela. Sevilla.—Usted es Canela, pero, por desgracia, su trabajo no lo es. De modo que haga el favor de rezarle un responso sobre el brocal del cesto, porque es que acaba de fallecer a nuestras manos.

LIBROS DE RISA

LUIS ESTESO

recomienda a ustedes que lean sus libros últimos, si quieren pasar horas deliciosas de grato placer.

Pts.

Chistes míos y de ustedes.	2,00
Teatro fácil (16 comedias).	2,00
Cincuenta monólogos.	2,00
Novelas y Monólogos escogidos.	3,00
Chistes y cuplés (70 cosas).	2,00
La sala del crimen (novela).	2,00
Animales caseros.	1,00
La Vanagloria (novela).	3,00
500 chistes nuevos.	1,00
Diálogos y entremeses.	1,50
Conferencias, monólogos, parodias y humorismo.	2,00
Para que rían las mujeres, y El campo y sus hombres.	1,00

Pedidos: LUIS SANTOS
Carretas, 9.—Madrid
Envíos contra reembolso

Menciones honoríficas.—Los trabajos firmados por Pope (Valencia), Menipo (Madrid), F. R. G. (Valencia), Sir Sigh (Madrid), A. V. B. (Madrid) y A. G. A. T. O. N. (Tenerife) se aproximan bastante a la perfección. Sus autores pueden estar seguros de que han logrado interesarlos altamente y de que si

no se publican sus artículos, no les será difícil que otros alcancen ese honor a poco que se esmeren en perfeccionar las naturales condiciones que les adornan y que nosotros aplaudimos con demente entusiasmo y ruidoso frenesí. ¿Hay quien dé más?

Lea usted "Vida Madrileña"
Anuncie en

Oficinas: Puencarral, 166

Director: DOZ DE LA ROSA

A. S. Madrid.
Aristófanes Ladrón
es una equivocación.

F. M. A. Madrid.—A pesar de todos nuestros buenos deseos, no hemos encontrado más camino que la prudente abstención.

P. R. R. San Lúcar de Barrameda.—Lo hemos leído con detenimiento y lentitud, pero lo hemos roto con furia y a una velocidad de cien kilómetros por hora. ¡No hay derecho!

C. A.—Ni el artículo titulado *Para no esperar turno, ni Mi conferencia* (es decir, la de usted), ni *Vaya salvamento!* (¡vaya por Dios!), pueden insertarse en nuestras columnas sin peligro de producir unos cuantos casos de encefalitis letárgica en nuestros sacratísimos lectores. En



HERNIAS
Bragueros científicamente.
J Campos
único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Augusto Figueroa 8

vista de eso, y para que a usted no le reproche su conciencia ningún tremendo conflicto público, opinamos que lo mejor es que no los insertemos. ¡Así se quedará usted tranquilo, nosotros también, y los lectores, no digamos!

Chose Benet. Barcelona.—Hace usted mal en confiar en que sus versos se publiquen en *Buen Humor*, porque supóngase usted que nosotros nos negamos a publicarlos, ¿y qué pasa?... Pues sencillamente que se va usted a llevar un disgusto sin necesidad.

P. F. V. San Sebastián.—¡Es usted más bárbaro que Atila! ¡Y tan del Norte como aquél!... ¡Vaya usted mucho con Dios, suponiendo que Dios pueda aguantar tan desagradable compañía!

Castresana. Madrid.—No puede aprovecharse por venir en color. Mande cosas en negro solamente; y si quiere, indique aparte los colores, por si se da el caso de que puedan utilizarse para portadas.

CASA JIMÉNEZ

Primera casa en

OBJETOS PARA REGALOS

Aparatos fotográficos.
Cinematografía.

Preciados, 58 y 60.

Ramsés II. Valladolid.

Mezclar a Ossorio y Gallardo con *doña* María Estuardo, resulta un galimatías con veintiseis tonterías, ilustre y querido bardo.

F. S. de Y. Madrid.—*El oro y el moro* es una vulgaridad sicalpica, indigna de usted y desde luego impropia de este semanario. Queda declarada *indeseable*.



Crema Polar

Boca sana :- Dientes blancos.
Aliento perfumado.

CORTES, HERMANOS.—BARCELONA

E. A. Madrid.—El título de su trabajo nos ha imbecilizado para una temporada, como usted no tenga la bondad de sacarnos de la idiotez con una aclaración oportuna. ¿Nos quiere usted decir qué es eso de *Un día dominiguero*?... Porque en ninguno de los almanaques que hemos consultado, figura esa preciosidad de día, sólo digna de compararse con el *domingo laborable* de los cómicos y de los camareros de bar. De todas maneras, el artículo no sirve, que es a lo que teníamos que venir a parar.

V. P. P. Madrid.—No es que esté del todo mal escrito su trabajete *Los confidentes*, pero, ¡vamos! no hubiese estado de más un poquitín de originalidad y un ligero expurgo de frases atroces que no es costumbre ponerlas en letras de molde ante los ojos espantados de la cariñosa multitud. Mejórese un poco de estos terribles males y quizás pudiera ser que diese la casualidad de que fuera posible que llegásemos a entendernos.

A. M. P. Madrid.—Poquita cosa sus *Incorregibles*.

Cardenio. Cartagena.—Tiene muy poco salero. Y el poco que tiene, no es de usted, sino de un ilustre colaborador nuestro a quien se están empeñando en imitar en vano la mar de furibundos espontáneos.

Por una moza del barrio
Toribio está que no vive
¡y no sabe que ella gasta
Licor del Polo de Orive!

P. F. Valencia.—Falto de interés, f o de gracia, falto de ortografía y f to de peso. ¿A usted quién le ha f tado aquí, para que usted nos f te de tantas maneras?

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

Max Guy. Madrid.—Eso que usted nos cuenta se lo hemos visto hacer en la pista a Rico y Alex, a Antonet y Beby y a Pippo y Seiffert sus buenas doscientas veces. No hay, por tanto, ninguna necesidad apremiante de que lo repitamos en nuestras columnas, ¡Sería tonfo! Y además se molestarían los tonfos que lo inventaron, que no sabemos cuáles de los seis han sido: si Seiffert, si Beby, si Alex, si Pippo, si Rico o si Antonet

A. A. y M. Madrid.—No sirve, pollito, y de veras lo sentimos. Pero nos consuela pensar que a su edad de usted ni los desengaños ni las contrariedades matan.

Andarín Galveston.—Su nueva remesa (esta vez sólo de dos artículos) tampoco ha logrado conmovier nuestro corazón. ¡Si con las mujeres hermosas tiene usted la misma suerte que con nosotros, está usted categóricamente apañado, querido amigo

AMADOR

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL. 13

T. G. G. Madrid.—¡Eso es menos humorístico que un viaje en un Sol-Ventas a la hora de comer!

Domingo Alegre.—Entran en turno también, para ser publicados, os versos que envié últimamente.

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.» Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número. Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios. ¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

En un pueblo, durante la visita pastoral.

EL ALCALDE.—Encuentro a Su Ilustrísima más desmejorada que la última vez que estuvo aquí.

EL OBISPO.—Es que he estado enferma.

Rafael Callao.—Granada.

Entre estudiantes.
—¿Te gustan los libros?
—Sí que me gustan. ¡Pero los de texto los detesto!...

Anju Tierras.—Madrid.

—¿Qué clase de escama es la que tienen un besugo y una besuga casados legalmente?

—Escama de matrimonio.

Miss Eva Hill.—Madrid.

Bodegas de los CEAS
Bebed Licor Benedetto, Anís Santa Margarita y Anisette Venus.

Alberto Aguilera, 29. Teléfono 10-59

—¿Cuál es el actor más valiente de España?

—Españita-león.

Pedro Soria.—Madrid.

Un baturro se dirige a un picadero, con el fin de alquilar un caballo, y después de tratar con el dueño las condiciones y de regatear un poco sobre el precio del alquiler, dice en el momento de quedar ambos conformes:

—¡Ah! ¡Una cosa me se olvidaba! ¡Quiero que el caballo que me elijan sea *languico*, porque tenemos que ir tres!

J. Lamarca.—Madrid.

*Sus gustos son refinados.
No hay placer del que se prive.
Por eso, si se acatara,
toma el Licor de Orive.*

Parecido entre una mujer que enseña a leer a su esposo y el juez de una causa:
Que el juez instruye sumario y la mujer instruye su-mario.

Rufo García.—Madrid.

Entraron dos paleos en un teatro y se sentaron en butacas de orquesta. Y al terminar la función, uno de ellos, alcalde de su pueblo y antisindicalista furioso, le dijo al acompañante:

—¡Hay que ver cómo están los obreros!... ¡Ese (señalando al de los timbales) no tocaba más que cuando le miraba el maestro! ¡Y pa eso tenía que amenazarle con el palito!

Algodonal.—Madrid.

—¿Usted es vegetariano, según han dicho?

—Sí, señor. Pero yo como por segunda boca.

—No comprendo bien.

—Muy sencillo. Las hierbas se las comen las vacas y la carne de las vacas me la como yo.

Purita Barral.—La Coruña.

ALBERTO RUIZ

JOYERÍA.—CARRETAS, 7

Pulseras de pedida.

A la presentación de este anuncio, se descuenta el 10 por 100.

El colmo de un camisero:
Dejarse dar una paliza por falta de puños.

Juan Luis.

Anuncio publicado en cierto periódico de provincias:
«Se ofrecen los obreros panaderos Pedro Falto y Justo Gómez. Se garantiza que aunque meta el pan Falto, lo saca Justo.»

Ra-Co-Gar.
Talavera de la Reina.]

—¿En qué se parece una esposa infiel a un comerciante de ultramarinos, también infiel (con la parroquia)?

—En que la esposa adúltera y el comerciante adultera.

Ignacio Carrillo y Pedro Perles.
Melilla.

Entre abogados.
—¡Chico, es'oy desesperado!
—¿Qué te pasa?
—Que si pierdo el juicio, me vuelvo loco!

Torrado.—La Coruña.

—¿Crees tú en los sueños?
—¿Cómo no? Anoche soñé que me había despertado y esta mañana se realizó mi sueño.

Menesitas.

Una gallega pregunta a otra, que tiene a su hijo en Marruecos.
—¿Ha ido muy lejos su hijo?
—¡No! ¡Ahí al Lau!

A. L. R.—Madrid.

—¿Cómo diría usted los días de la semana, sin nombrar los que terminan en s?

—Anteayer, ayer, hoy, mañana, pasado mañana, sábado y domingo.

Antonio Cura Pajares.
Melilla.

—¿En qué se parece una suegra muy rica a un sembrado de patatas?

—En que los dos dan el producto cuando están debajo de tierra.

L. Calvo.—Jaén.

FAJAS DE GOMA

Sostenes IDEAL

PRESA Fuencarral, 72.
Teléfono 48-00.

—¿En qué se parecen un viajero a quien le extraviaban su baúl y un niño de pecho?

—En que no saben nada del mundo.

M. Romano.—Chinchón.

De una información periodística:
«... y el preso huyó por una ventana que da al paseo de los Alamos. Los guardas que salieron en su persecución desistieron de ella al ver la velocidad que llevaba el ex preso».

Juan Sánchez López.—Albacete.



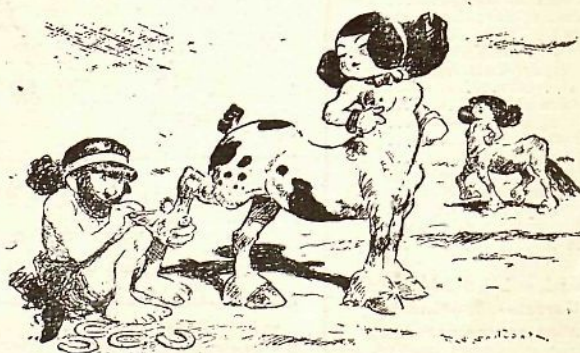
MEDEL

GRAN VÍA, 18
JUGUETES
COCHES DE NIÑO

El colmo de un electricista.
Hacer sonar al timbre de una póliza.

Marcial Berot.—Benasque.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN
Provisiones, 12.



(De Life, Nueva York).

VANIDAD FEMENINA

HERRADOR.—Este zapato le está campana, le ajusta muy bien...

SEÑORITA CENTAURA.—Entonces deme dos números más pequeños.

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números)	5,20 pesetas.
Semestre (26 —)	10,40 —
Año (52 —)	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números)	6,20 pesetas.
Semestre (26 —)	12,40 —
Año (52 —)	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre	9 pesetas.
Semestre	16 —
Año	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12,—
Número suelto	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID

APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARIS y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis blancura fina y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



podér reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis gran finura, hermosura y juventud.

La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantiza estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

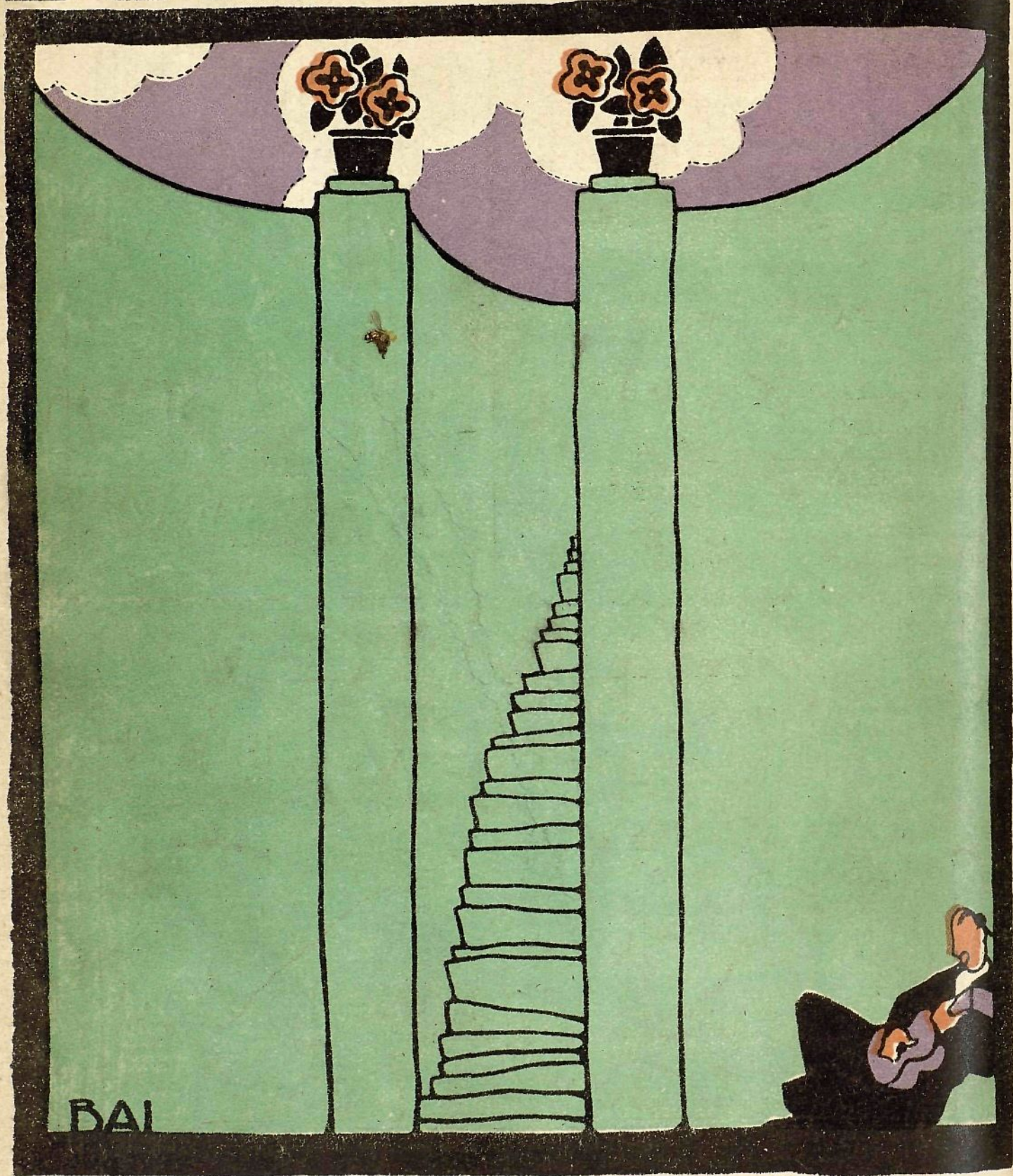
ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin sentirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.—Canarias: droguerías de A. Espinosa.—Havana: droguería de Sarra, Teniente Rey, 41.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

BUEN HUMOR



Dib. RAI.—Madrid.

—¡Y que al sentarse mi novia al lado de las macetas, para oirme, diga que yo no sé lo que es «cante hondo»!